

En los brazos de Tánatos
¿ser o no ser?

Catalina Miranda



Editorial Ariadna
Los Cuadernos de Ariadna / 3



Catalina Miranda
En los brazos de Tánatos
¿ser o no ser?

© Texto: Catalina Miranda
© Ilustraciones: Edgar Clement
© Diseño: Editorial Ariadna

Versión digital 2021
Editorial Ariadna
editorialarianda@gmail.com
Minería 77 int. 4 Col. Escandón
CP 11800
México, DF

Queda prohibida la reproducción parcial
o total, por cualquier medio sin la previa
autorización por escrito de Editorial Ariadna.

Hecho en México
Made in Mexico

EN LOS BRAZOS DE TÁNATOS

Catalina Miranda

**Ilustraciones de
Edgar Clement**



**Editorial Ariadna
Los Cuadernos de Ariadna / 3**

CONTENIDO

- Presentación, 7
- La decisión es partir, 11
- Un subterráneo por donde fugarse, 13
- Las Huertas y La Hermana Blanca, 18
 - Las brujerías de la tía Gallina, 23
 - Quizá Dios se lo agradecería, 26
 - El ámbar roto, 28
 - Dormir es morir, 29
- La tía Marrana y la abuela Cabra, 30
 - La dignidad de la cicuta, 34
- Un cuarto de siglo en la línea de la vida, 36
 - La carta de despedida, 40
 - El cuaderno de yología*. I. La pesimista
pasión que la domina, 44
 - II. La mecánica de la existencia, 47
- La perfección de la amiga muerta, 52
 - La desesperación del tiempo, 58
 - La Prensa, 62
- El aire ficticio que engañó sus pulmones, 64
 - Las maldiciones del tiempo, 67
- La secundaria maldita y la leucemia que no fue suya, 70
 - Las pastillas preciosas, 74
 - La mariposa negra, 78
 - La purificación de la materia, 82
 - Un miedo onírico y real, 86
 - ¿Qué hacer con el cuerpo?, 91
- El testimonio de la luz y los condenados, 93
 - Catalina Miranda. Semblanza, 101

*Si te quieres matar... ¿por qué no has de quererlo?
¡Ah, aprovecha, que yo, que amo tanto la vida y la muerte,
Si me atreviera a matarme también me mataría...
Ah, si te atrevieras, ¡atrévete!
¿De qué te sirve el cuadro sucesivo de las imágenes exteriores
al que llamamos mundo,
El cuadro cinematográfico de las horas que son representadas
Por actores convencionales en poses predeterminadas,
El circo policromo de nuestro dinamismo sin fin?
¿De qué te sirve tu mundo interior, que desconoces?
Tal vez matándote lo conozcas al fin...
Tal vez al acabar comiences...*

FERNANDO PESSOA
(ÁLVARO DE CAMPOS)

*Dejad que los suicidas vengan a mí,
que se purifiquen en mis oasis de Luz,
porque de ellos —los más pequeños, los más rebeldes,
los inconsolables—, es también mi Reino.
Ellos son los que ascienden al más
alto de mis paraísos,
porque han cruzado ya el umbral del dolor
y se han bañado en la sangre y las lágrimas de la vida.*

PARÁFRASIS DE CATALINA MIRANDA.



PRESENTACIÓN

En los brazos de Tánatos, ¿ser o no ser? es el tercer volumen de la Colección Los Cuadernos de Ariadna, novela de Catalina Miranda, concebida en tres partes independientes que se pueden leer de manera aislada porque cada una tiene su propio desarrollo y conclusión: 1. *Una naranja en la lengua de Eros*; 2. *Onírico. Luz y Oscuridad en las pupilas de Morfeo*; 3. *En los brazos de Tánatos, ¿ser o no ser?*

Eros, Morfeo y Tánatos, tres grandes temas, nudos fundamentales de una escritura —por momentos poética, en otros cotidiana—, que cuenta la historia de Sonia, la protagonista, quien vive situaciones extáticas, misteriosas, desgarradoras, eróticas, sublimes, enigmáticas, paranormales e ininteligibles.

En *En los brazos de Tánatos, ¿ser o no ser?*, Sonia narra los impulsos que la llevan a pensar en la muerte como escape y solución. Como Hamlet, el príncipe de Dinamarca, se cuestiona el sentido de la existencia y si vale la pena continuar en el mundo, semillero de todo tipo de situaciones atroces.

Sonia se enfrenta a la contradicción. Llama a la muerte, pero le teme; quiere morir, pero desea sobre todo, vivir. Así, hundida en un mar de sinsabores, premoniciones e incertidumbres, transita y se desenvuelve en el inentendible mundo que le tocó vivir, entre seres mitad humanos, mitad animales; mitad flores, mitad espíritus y ensueños.

En esta sinfonía elegiática, en este réquiem, veremos desencarnar a varios personajes que no lo piden ni lo desean; sin embar-

go, la Muerte los recibe. ¿Tendrá los brazos abiertos también para Sonia? El desenlace, el lector tendrá que tejerlo y descifrarlo con paciencia.

Para el novelista, dramaturgo y periodista Gonzalo Valdés Medellín:

En los brazos de Tánatos, ¿ser o no ser? captura la atención de los lectores desde diferentes vertientes. La fábula se torna en reflexión moral, en discernimiento existencial, en búsqueda espiritual donde la pregunta ¿ser o no ser? debe responderse a través del hábito del libre albedrío.

Novela de gratos pasajes, de humor negro, de personajes que se vuelven entrañables remembranzas de infancia, adolescencia y juventud, *En los brazos de Tánatos...* es una novela que acaricia su contenido existencial con la solidez de su rigor escritural.

Enmarcada en la tradición de los cantos a la muerte, muy afín para la literatura mexicana del siglo XX, desde el Xavier Villaurrutia de *Nostalgia de la Muerte* e *Invitación a la Muerte*, pasando por la *Muerte sin fin* de José Gorostiza hasta llegar al *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y al *Macario* de Bruno Traven, en *En los brazos de Tánatos...* Catalina Miranda no esconde —¿por qué habría de hacerlo? —su admiración por Hoffman, LaFontaine y Lewis Carroll.”

Por otro lado, la prolífica escritora cubana-mexicana Nedda G. de Anhalt, anota al respecto:

Si alguna vez el título de un libro ha sido congruente con el sentir de su tema es *En los brazos de Tánatos, ¿ser o no ser?*, novela de Catalina Miranda. Los lectores seremos testigos privilegiados en la crónica de una muerte anunciada y otras no anunciadas.

De un modo simbólico, y a la vez real, la novela gira en torno de la Parca, como si ésta fuera hija de la noche, hermana del sueño

y madrastra del suicidio. Ofrece un amplio registro de sentimientos y emociones: celos, envidia, acoso, decepción, venganza. Es como si todos ellos fuesen un auténtico volcán viviente, cuya lava estalla. (...)

En los brazos de Tánatos, ¿ser o no ser? es un ejercicio admirable de emancipación que intenta una rebelde con causa, aun y a pesar de que pudiera o no existir “otro modo de ser libre y humano”.

Al final de cuentas, este libro de Catalina Miranda es, ante todo, una novela apasionadamente moderna que la coloca en primerísimo plano de la narrativa escrita en México.

Estimados lectores, los invito a conocer a Sonia en su faceta tanática. Tal vez puedan comprenderla e incluso aconsejarla, dirigirle algunas palabras sinceras que la consuelen, que la hagan cambiar de actitud, o que la arrullen antes de que decida partir en “la barca de oro que habrá de conducirla” e ingresarla al territorio donde las almas conviven en el sueño eterno del que nadie puede retornar.

Las páginas están listas, esperando que ustedes se dejen abrazar por ellas, estoy segura de que no sucumbirán.

Una vez finalizada la lectura, si deseas participar en el Premio Ariadna de Cuento 2021, te invito a elaborar una reseña, puede ser de algunos de los capítulos, ya que son independientes, o si así lo decides, de toda la novela. Las bases para participar se encuentran en: www.editorialariadna.com/premio-ariadna-de-cuento-2021

Con una amplia selección de las reseñas se formará un libro conmemorativo del que les daremos noticia a cada uno de ustedes.

Catalina Miranda
Octubre de 2021
Ciudad de México.



LA DECISIÓN ES PARTIR

El cuadro de la Virgen de Guadalupe fue colocado ahí de manera estratégica, para que al acostarse y al despertar, Sonia y La Paloma pudieran verlo y acordarse de orar. Pero la Virgen, más que darles confianza, les entumecía la fe, les cortaba las palabras, hacía que olvidaran el Padre Nuestro y el Ave María sobre todo cuando los crujidos de los vasitos de las veladoras, achicharrándose, las despertaban. Entonces parecía que las llamas verdaderas arrasaban con las flamas que quemaban permanentemente a la Virgen adentro del marco, que calcinarían el corazón —el que ella comprimía con las manos— y al ángel cautivo —el esclavo— que cargaba su cuerpo.

Sonia se movió un poco. Abrazó la almohada. Se reacomodó y, sin abrir los ojos, despertó. El sabor de un mal sueño se disolvió en su saliva y se integró al cementerio onírico de las imágenes marginadas.

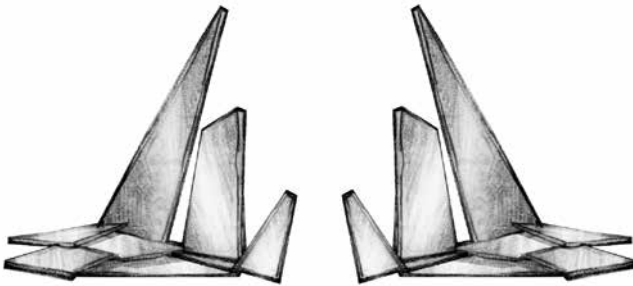
Continuó con los ojos cerrados y, como pasajeros de un último viaje, los recuerdos de los días que pasó con Ernesto, antes de su rompimiento definitivo, abordaron los vagones vacíos de su mente. Quiso volver a dormir. Inventar un cementerio real, un campo de concentración para los pensamientos, para los hechos y las sensaciones que debían cremarse en la fragua del olvido.

Para evitar los recuerdos, abrió los ojos con la rapidez de quien los cerraría para no ver el genocidio, pero

la mañana —como un rehilete afilado— embistió la habitación, destazó la cama, los cuadros, la ventana, la ropa amontonada en el sillón, y se impactó en el espejo de cuerpo completo.

—Tiene que ser ahora —se dijo—, ahorita, antes de que La Paloma salga del baño.

Llevaba bastante tiempo planeándolo. Terminar con Ernesto no era todo lo que la motivaba. Había otros contenidos en su memoria que la hacían tomar la decisión.



UN SUBTERRÁNEO POR DÓNDE FUGARSE

El tiempo que La Varita de Nardo permaneció en el hospital cuando nació La Paloma, Sonia, de tres años, la había pasado muy mal en la tienda de la tía Pata, la marimacha, la solterona de voz ronca, la fumadora, la que se peinaba con un par de trenzas flacas, la que antes de morir ordenó que sus cenizas fueran esparcidas en la Alameda de Tacubaya, la que siempre traía un delantal azul, grueso, de tela de algodón como de mezclilla, con las bolsas llenas de morralla.

Al llegar a la casa con La Paloma en los brazos, La Varita de Nardo colocó a la niña en un canasto de mimbre, sobre un buró ancho y alto, sin puerta, con el interior dividido en dos con un entrepaño. Esa tarde, cuando La Varita de Nardo platicaba en el patio con una vecina, Sonia, con el deseo de ver a su hermanita, se trepó al buró, escaló hasta que logró sujetarse del moisés, el cual se volteó, dejando caer a la recién nacida.

Temiendo el regaño, Sonia corrió a esconderse debajo de la cama, y no pudo más que gritar: “¡Ay mi hermanita! ¡Ay mi hermanita!”

La Varita de Nardo y la vecina entraron alteradas al cuarto.

—¿Qué hiciste, Sonia?, ¿qué hiciste?, ¿por qué tiraste a tu hermanita?

—Niña mala, estás celosa; querías matar a tu hermanita...

Sentenció la vecina.

Sintiéndose la niña mala que quería matar a su hermanita, Sonia continuó llorando y gritando. Deseó no salir jamás de debajo de la cama, deseó desaparecer, inventar un subterráneo por el cual fugarse para siempre, desintegrarse, derretirse como nieve de limón antes de que su madre y la vecina logaran sacarla del escondite.

A partir de entonces, Sonia adoptó ese tipo de costumbres, y ante cualquier peligro se refugiaba no sólo debajo de la cama, sino también de la escalera, de la mesa, del escritorio; además se metía en la alacena, en los roperos, en donde cupiera: *El patio de mi casa les gusta a los ratones. Lo visitan de noche para que La Varita de Nardo no los asuste, ya que siempre, cuando los ve, grita y corre. Yo sé que los ratones no son malos, salen de las coladeras para buscar comida. Primero asoman un ojo y miran hacia un lado; luego, el otro para divisar todo el patio. Después sacan la nariz para sentir la temperatura, si hace frío se oprimen el ombligo para cubrir su cuerpo con más pelambre. Cuando están seguros de que no hay nadie a la vista salen moviendo sus colas a ritmo de cumbia. A los ratones les gustan las cumbias y la salsa, pero no la salsa roja ni la verde, sino la salsa de música. Ellos la llevan por dentro, porque un día, cuando La Varita de Nardo no estaba, entraron a la casa y se comieron los discos de cumbia y salsa. Por eso siempre están de fiesta. A veces invitan a sus amigos y organizan concursos de baile. Yo los escucho todas las noches, pero no me acerco demasiado a ellos porque podría espantarlos y hacer que se les rayen los discos que se comieron. A mí me gusta oír a los ratones cuando la luz ya está apagada, como ahorita. Rascan la puerta para limarse las uñas y ser más elegantes. La Varita de Nardo dice que quieren entrar y que son muy peligrosos. Yo no le creo, y como son mis amigos, aunque no lo sepan, todos los*



días, antes de que salgan de la coladera, les pongo en el patio, pan con mantequilla. Yo no sé si les gusta la mermelada, pero se las voy a dar a probar.

Estoy en la cocina. No he prendido la luz. Saco de la alacena el frasco de mermelada y salgo a la azotehuela. Los ratones no se asustan al verme. Después de servirles la mermelada colocó el frasco en el centro del patio. Una ratita trepa al frasco, no puede controlar el equilibrio y cae. La madre la ve y grita pidiendo auxilio. Me acerco y saco a la ratita del frasco de mermelada. Todos los ratones me agradecen y me festejan. Orgullosa, me acerco a la señora rata, y en el momento en que le entrego a su hija, mi cuerpo empequeñece, me hago chiquita, adquiero la estatura de un roedor. Me miro con miedo, pero comprendo que teniendo este tamaño podré divertirme tanto como los ratones. Ellos me aplauden al ver que tengo su estatura y me toman de las manos. Después de bailar cumbias y salsas alrededor de la mermelada, Pepe, el ratón mayor, saca de su escondite varios pocillos de peltre que La Varita de Nardo tiró a la basura; para él son una batería. Raúl, el ratón más romántico, toca la guitarra; que es un envase de refresco que rasca con una corcholata, y Paula, la esposa de Pepe, sacude el pandero. Los ratones se organizan y, mientras tocan melodías que ellos inventaron, miro la luna que está asomada en su ventana. Las noches en que los niños no tienen sueños bonitos, ella no sale al cielo o sólo se asoma por una rendija.

La luna cierra su ventana. Los ratones y yo nos quedamos dormidos en el suelo. Escucho al Guajolote cuando se va a trabajar. La Varita de Nardo abre la puerta de la azotehuela, buscando una cubeta y nos descubre; al vernos, grita aterrada.

—¡Corre!, ¡corre! —me aconseja Pepe.

Yo no le hago caso. Yo no le tengo miedo a La Varita de Nardo, pero ella nos pega con su escoba. Trato de hablarle para

que me reconozca, decirle que soy Sonia, pero no me escucha o no me entiende. Corro, huyo de la escoba. En un charco, de pronto, encuentro mi reflejo. Soy totalmente distinta, sin embargo, me reconozco. Yo ya no soy una niña, sino un ratón, con dientes, orejas, cola y patas de ratón, y además debo huir y esconderme como un verdadero ratón.



LAS HUERTAS Y LA HERMANA BLANCA

Cuando La Paloma estaba chiquita no me dejaban que me acercara a ella porque decían que yo la quería matar. Pero eso no es cierto. Yo no la quería matar, aunque sí quería que se muriera, porque La Varita de Nardo ya no me quería ni me abrazaba. Y cuando ella le daba de comer a La Paloma, yo me le quedaba viendo como si tuviera hambre, para que me diera. Y sí me daba, me daba plátano rallado con la misma cuchara que a La Paloma.

El bautizo de La Paloma fue en el pueblo de El Guajolote. Mis tías hicieron mole y mataron pollos grandes, guajolotes, porque a mi papá le gustaban. Yo creo que a él le gustaban porque él era un Guajolote. Yo ya estaba un poco grande, y no estaba en la fiesta con los invitados. Estaba sola en el patio, y que me subo al borde de la fuente, que camino alrededor, de puntitas, y que me caigo. Yo me quise caer. Me sacaron del agua y lloré porque yo me quería ahogar en la fuente. Me cambiaron la ropa y me volvieron a dejar sola. Me volví a salir al patio, pues todos querían cargar a La Paloma.

Alrededor del patio había muchos cuartos. La casa era muy grande. Era una hacienda conocida como Las Huertas, con caballos y árboles de peras, perones, nueces, manzanas y membrillos. En el salón donde estaban los invitados había un piano; los candiles eran de cristal cortado, las bolitas giraban y lanzaban brillos de colores. Uno de

los cuartos era una capilla. El Guajolote había hecho las bancas, y el altar él lo talló; estaba todo gariboleado con flores y hojas y otras formas que parecían telarañas. La tía Gallina decía que El Guajolote era un artista. A mí no me gustaba entrar ahí porque me daba miedo el Cristo colgado; además también me daba asco, porque a veces lo bajaban y nos hacían besarle los pies, aunque los tuviera sucios y llenos de sangre. Otro de esos cuartos era el baño. Ahí asustaron a la tía Gallina. Contaba que un espíritu le puso la mano en la espalda y que se la había dejado marcada. La tía Pava decía que sí era cierto.

La tía Pava era la más buena de las tías; se la pasaba guisando y haciendo tortillas. Tenía las manos de niña, pero con los huesos salidos, por eso las tortillas, a veces, le quedaban con agujeritos. Las ponía a cocer en un comal redondo y negro que ocupaba casi toda la cocina. No sé por qué la tía Pava, si era adulta, estaba tan chaparrita. Me acerqué a ella porque no estaba en la fiesta, porque ella no quería cargar a La Paloma, porque a ella, como a mí, le gustaba estar sola y en silencio, porque ella, lo adiviné, también se quería morir, sobre todo cuando le dolían los huesos.

Cuando la tía Gallina iba a nuestra casa me encantaba oírla platicar: La Gallina era excelente actriz. Cuando nos contaba cuentos, La Paloma y yo nos quedábamos quietas.

La Gallina movía los brazos y las piernas como si estuviera bailando, como si se transformara en los personajes de los que platicaba. Mi cuento preferido era “El ahijado de la Muerte”, ése que se trata de un campesino que acababa de tener a su séptimo hijo: *Y salió de su casa para buscarle un padrino o madrina, es decir, alguien que lo ayudara a educarlo y a alimentarlo.*



El campesino, después de hablar con varios personajes pudientes, que en realidad eran espíritus elevados, como Dios, la Virgen y algunos ex apóstoles, eligió como madrina a la Muerte, porque decía que ella sí era justa, que no le importaban las clases sociales, ni si eran hombres o mujeres, ni las razas ni las edades. Ella se llevaba, y se sigue llevando, tanto a los jóvenes como a los viejos.

La Muerte, ¡ay niñas persígnense, mejor le vamos a decir, La Hermana Blanca!, como también se le conoce, no es que sea supersticiosa pero no vaya a ser que la estemos invocando, siempre vigiló a su ahijado, se las ingeniaba para que nunca le faltara nada. Cuando el niño creció le dio talento y lo hizo médico. Le dijo que le iba a ayudar a curar a todos los enfermos, incluso a los desahuciados, los desahuciados son los que, según la ciencia, ya no tienen cura, y le entregó una pócima, un brebaje, un agua mágica, para que se las diera a beber a los moribundos. Pero La Hermana Blanca le dijo que había una excepción: que cuando la viera a ella, de pie, junto a la cabecera de la cama del enfermo, por nada del mundo utilizara la pócima, y le advirtió que ella era sumamente estricta, que le perdonaría todo, menos que la desobedeciera.

El ahijado de La Hermana Blanca se volvió rico y famoso. De todos lados lo mandaban llamar. Un día, el rey le pidió al ahijado de la Muerte..., ay persígnense, perdón, a La Hermana Blanca, que atendiera a su hija, quien llevaba meses convaleciente y ningún médico la había podido curar. El rey le prometió al ahijado de La Hermana Blanca que si curaba a su hija, lo haría esposo de la princesa. El médico entró en la habitación de la joven; casi se desmayó porque vio a su madrina en la cabecera de la cama. Al mirar la belleza de la princesita, el ahijado de la Hermana Blanca, enamorado, le dio a beber la pócima. Pensó que si sólo una vez desobedecía a su madri-

na, ésta lo sabría perdonar. La princesa recuperó la salud en unos instantes, y cuando el joven médico salió del castillo se encontró con su madrina, quien lo estaba esperando. Lo llevó a un jardín en donde, alrededor de una fuente, se hallaban los cirios encendidos de todas las almas. El joven le preguntó a su madrina, señalando con el dedo, de quién era aquel cirio, ése que se estaba consumiendo rápidamente y amenazaba con apagarse. "Ése es el tuyo", le dijo la Muerte, quien lanzó una carcajada, y el joven cayó sin aliento, sin vida, sin que nadie lo pudiera salvar...

La tía Gallina, siempre que terminaba de contar ese cuento, se limpiaba la cara con un pañuelo, y luego se tiraba sobre la cama como si hubiera hecho un esfuerzo sobrenatural, como si hubiera estado sosteniendo el aliento, y luego se cubría la cara con la almohada, como queriendo ocultarse de La Hermana Blanca, como si al contar el cuento hubiese cometido un pecado.

Además de "El ahijado de la Muerte", la tía Gallina nos contaba otros cuentos de espantos. Yo por eso la quería, y porque me enredaba los cabellos en unos *cuetes* de periódico para que se me rizaran.

LAS BRUJERÍAS DE LA TÍA GALLINA

La tía Gallina era muy blanca, más bien sonrosada. Tenía el pelo negro, largo y abundante, cargaba una verdadera melena, como la de La Paloma. Además de contar cuentos, la tía Gallina sabía tirar las cartas y adivinar el futuro y el pasado. Era una bruja que hacía vivir y morir a quien quisiera. Por eso le temía tanto a La Hermana Blanca. Decían que tenía pacto con el mal, y que cuando venía a mi casa hacía fogatas e invocaba al Diablo. Contaban que una vez una señora, a la que su marido engañaba, fue a ver a La Gallina para pedirle que le hiciera un trabajo, y la tía Gallina, siempre y cuando le pagaran, era capaz de todo. Dicen que esa señora, cuando su esposo se estaba muriendo, fue a pedirle a La Gallina que le levantara el castigo. La tía Gallina era muy efectiva. Todos la buscaban. Y cuando El Guajolote se quedó pobre, por espléndido y mujeriego, y tuvo que vender las haciendas del pueblo, las tías —La Gallina, La Pava y La Pata— vinieron a la ciudad a vivir cerca de nosotros, en un departamento de tres recámaras que era muy frío porque estaba en la planta baja. La Pava se quejaba de que le dolían los huesos, y cuando yo iba a visitarla me mandaba a comprar cinco pesos de Mejorales y cinco de chicharrón esponjado. En ese departamento no cabían las tres tías, las cuatro Guacamayas, que eran mis primas, los muebles de caoba, la loza, los candiles, el Cristo ensangrentado, los cuadros de los santos, los gatos, los

perros... Las avesuchas habían cargado hasta con el piano, el cual vendieron casi luego luego por falta de espacio, y porque después de la mudanza quedó destartalado.

A la clientela de La Gallina no le importó que ella se hubiera ido a vivir tan lejos, pues venían a visitarla y a dejarle guajolotes los días de fiesta; además, a que les leyera las cartas, a que les hiciera limpias y les prendiera veladoras con fotografías. La tía Gallina también leía la vela. En medio de una tinita con agua ponía la vela encendida y tiraba papelitos con preguntas, o con respuestas; después de las oraciones, los papelitos indicados, no sé cómo, salían por la vela, entre la cera.

Una vez que me quedé a dormir con ellas, la tía Gallina, muy tempranito, empezó a cacarear. Había entrado al cuarto de las curaciones, donde tenía a los santos colgados, y notó que en una de las paredes había un hueco, un espacio vacío, o sea que faltaba un santo.

—¡Mi Sagrado Corazón ha desaparecido! Pava, Pata, Guacamayas... ¿quién de ustedes lo descolgó?

Nadie supo qué pasó, y como las ventanas y las puertas estaban cerradas con candado, La Gallina dijo que había sido un milagro, que la imagen, con todo y marco, se había elevado, había traspasado el techo y ascendido al cielo. Y en el espacio vacío que quedó en la pared mandó poner una cortinita blanca con un Corazón de Jesús que la tía Pava bordó. Porque La Pava, a pesar de tener las manos encogidas, cosía y bordaba los trapos de las tortillas, las fundas, las cortinas, hacía ropita para las muñecas de Las Guacamayas, cocinaba el caldo y el mole con guajolote, siempre sin cebolla, porque decía que a las niñas que comían cebolla no las quería la Virgen.



QUIZÁ DIOS SE LO AGRADECERÍA

Era necesario hacerlo, y entre más rápido mejor. Ése era el mejor momento. Pummm y ya. ¿Para qué tanto pensarlo, planearlo?, ¿para qué tanto ajetreo? “Cuando tengas ganas de morirte, no hagas tanto alboroto. Muérete y ya.” Había leído en una fotocopia pegada en el mostrador de una papelería. A lo que Sonia había agregado en un momento de optimismo: Cuando tengas ganas de morirte, mete la cabeza debajo de la almohada y cuenta mil quinientos borregos. Quédate tres días sin comer, sin hablar, sin moverte, sin abrir las cortinas. Trata de no respirar, no hables con nadie, no contestes el teléfono. No vayas a la escuela ni a vagar. Imagina que ya estás muerta, que estás en tu ataúd y que ya apestas y que no te podrás salir, aunque quieras. Cuando tengas ganas de morirte, muérete y ya, no vivas, ¿quién te obliga? No hagas nada. No te bañes. No te perfumes. Deja que el sudor, la mugre, los malos olores se acumulen. Muérete en vida. Vuélvete valemadrística...

Pero Sonia ya había puesto en práctica esa teoría, y estaba convencida de que para dejar de existir, de hacer, no había otra manera más que estar bien muerta. Sentía que tenía derecho a quitarse la vida, porque, al hacerlo, no le causaría daño a nadie. Era sólo ella la que estaba de por medio. Nadie la extrañaría. La vida seguiría su curso cotidiano. La Tierra giraría, igual que siempre, sobre su eje y sobre su órbita. El Sol seguiría saliendo para todos, como dicen

la canción, y los comerciantes, excepto para ella. Sonia no era imprescindible. Un ser humano menos en el mundo no estaría mal, no era algo grave. Un grito menos, una necesidad menos, un cuerpo menos, una contaminadora del ambiente menos, una petición menos, una boca menos, una mano menos pidiendo... Perfecto. Quizá Dios, si existía, se lo agradecería.

Sonia estaba segura de que para morir podía hacer uso de su libre albedrío, y estaba enojada porque nadie le había preguntado si quería venir al mundo. Sentía, sabía, estaba convencida de que, como cualquier otro ser humano, tenía el derecho de morir.



EL ÁMBAR ROTO

Yo no quería nacer, me acuerdo rebién. Yo era como un insecto atrapado en el ámbar, porque el sitio en el que estaba era de ese color, y estaba tibiecito, y se oían los ruidos de afuera. A la mejor por eso no quería nacer, porque oía los ruidos y a mí me gusta el silencio. Sabía lo que La Varita de Nardo decía y pensaba, y no me gustaba porque se preocupaba. Al Guajolote no lo oía, o sea que casi no estaba, porque era bien mujeriego.

El día que yo iba a nacer me quedé dormida para que no me sacaran del ámbar. Pero me sacaron a fuerza y lloré; quebraron a martillazos mi refugio, me asustaron, me apalearon, me obligaron a aterrizar con un cuerpo extraño en la Tierra.



DORMIR ES MORIR

Cuando cumplí un mes, quién sabe por qué me dio tos ferina. Ya me iba a morir. Yo me quería morir. Me acuerdo rebién, me acuerdo de todo, y aunque nadie me crea yo sé que me acuerdo. Entonces me llevaron a la iglesia de San Miguel y me bautizaron; me echaron agua fría en la cabeza. La Varita de Nardo decía que era para que se me quitara lo enferma. Y que me salvo. Por poco y me ponen Micaela en honor al Santo. Yo no me quería salvar. Yo me quería morir, por eso después me enfermaba de todo. Siempre me la pasaba enferma para que me diera fiebre y me quedara dormida o morida, porque dormir es una forma de morir.



LA TÍA MARRANA Y LA ABUELA CABRA

A La Paloma una vez le dio una enfermedad rara, y la metieron al hospital. A mí me dio mucho gusto porque ella se fue de la casa. Pero después regresó, y no quería comer ni hablar; estaba flaca y larga, pero luego se recuperó y hasta bailaba arriba de la mesa. Me caía gorda. Las hermanas del Guajolote le hacían bulla y fiestas sobre todo porque decían que se parecía a ellas. Yo me parecía a la tía Marrana, a la hermana de La Varita de Nardo. Yo creo que La Gallina, La Pata y La Pava no me aceptaban porque les recordaba a la tía Marrana. Pero aunque yo era igualita a ella, la tía Marrana tampoco me quería. Cuando iba a su casa, me llevaba a la cocina y me hacía poner las manos sobre la tabla de picar. Colocaba el cuchillo sobre mis muñecas y me decía con voz de marrana enlozada:

—Ahora sí te voy a cortar esas manitas de puerco para hacerlas capeadas.

Nunca me cortó las manos, pero yo ya no quería ir a su casa. Además, la abuela Cabra era bien regañona. Era lo que se dice una verdadera cabrona. A La Varita de Nardo, aunque era su hija, siempre la criticaba. Decía que era bien dejada, que El Guajolote le veía la cara, que era bien pazguata y que, en vez de sangre, tenía atole en las venas. A La Paloma y a mí nos gritaba que éramos bien marimachas porque traíamos las rodillas percutidas y nos gustaba amarrarnos en la cintura el suéter del uniforme, y porque nos



encantaba jugar canicas y carreteritas, y treparnos a los columpios y a las resbaladillas, como si fuéramos escuincles, y comprar y apostar estampas con los niños del mercado. La abuela Cabra creía que si seguíamos andando de callejeras, yendo solas al mercado en lugar de ayudarle a La Varita de Nardo a lavar los calzones, un día nos iba a llevar un robachicos, porque en la colonia pasaban tantas cosas: *La Bestia del Parque era casi un gorila. Por algunas de sus características podría decirse que no era un ser humano. La Bestia se parecía a los seres de la prehistoria, al hombre de Neanderthal o al eslabón perdido. Quien veía a La Bestia podía confirmar que, a pesar de sus maravillas, la Naturaleza, sí se equivoca.*

La Bestia andaba en andrajos. Su cuerpo estaba tupido de vellosidad. La forma de sus ojos y las pupilas oscuras delataban su ignorancia, su ingenuidad, su falta de juicio, su debilidad mental. Tenía las piernas cortas, el pie pequeño y los dedos encogidos. Al caminar, flexionaba los codos para que los dedos de las manos no le arrastraran; doblaba las rodillas y echaba hacia delante la espalda, dejando únicamente la cadera en el eje en que cualquier homínido alinearía la columna vertebral.

A nadie le parecía extraño que La Bestia anduviera en las calles, que se detuviera para rascarse, para hacer del baño en el pavimento. La Bestia era como la mascota del barrio. Los vecinos la encontraban cruzando las avenidas, rondando las escuelas, echada en las esquinas, durmiendo en los camellones o en plena acera.

El parque era el lugar preferido de La Bestia. Se trepaba a los árboles y se quedaba mirando todo lo que se movía: la gente que pasaba, los niños que corrían, las pelotas, los columpios, los colores de los vestidos deslizándose por las resbaladillas. Era, La Bestia, curiosa, aparentemente inofensiva. Cuando

tenía hambre se metía al mercado, y los comerciantes, quizá por lástima, le daban fruta o pan, o algún guisado a punto de descomponerse.

Después de saciar el hambre, La Bestia regresaba al jardín a echarse en la hierba. Nadie consideraba peligrosa a La Bestia. Nadie creía que pensara. Nadie se imaginaba que, por las noches, sus instintos la obligaban a seguir a alguna muchacha por el barrio, a raptarla y arrastrarla hasta el parque para destazarla y desaparecer sus restos después de abusar de ella. Nada les provocaba, a quienes vivían cerca del parque, escuchar en las madrugadas los gemidos de La Bestia, sus aullidos orgásmicos. Por eso, la noche que los perros atacaron a La Bestia, mientras penetraba a una de sus víctimas, nadie pudo adivinar que aquellos jadeos eran los últimos, y que no eran de goce sino de dolor, del dolor de estar fornicando con su propia Muerte.



LA DIGNIDAD DE LA CICUTA

— **T**iene que ser ahora —volvió a decirse.
Para Sonia, hacerlo era la única manera de terminar con la estúpida realidad, con lo incomprensible de las sensaciones, con su inexplicable manera de ser, con ese enfado de lagarto que se le despertaba ante cualquier situación. Hacerlo significaba dejar a un lado la cobardía, enfrentarse a la gente, a Dios. Sería darles una patada en el culo, y decirles: “Quédense con su mundo, destrúyanlo, contáminenlo, mátense, hagan lo que quieran. No estoy de acuerdo con nada. Me voy del mundo para ser congruente conmigo misma. Me voy a mi Patria Verdadera, porque ya me cansé de estar entre la multitud, rodeada de la soledad de los rostros y de las ventanas en la noche, en el día, en la Tierra... Me voy porque, además, no puedo hacer nada por nadie, mucho menos por la humanidad”.

—La cicuta, debo buscarla, tomarla lo antes posible.
¿Dónde la venden?

—No sé.

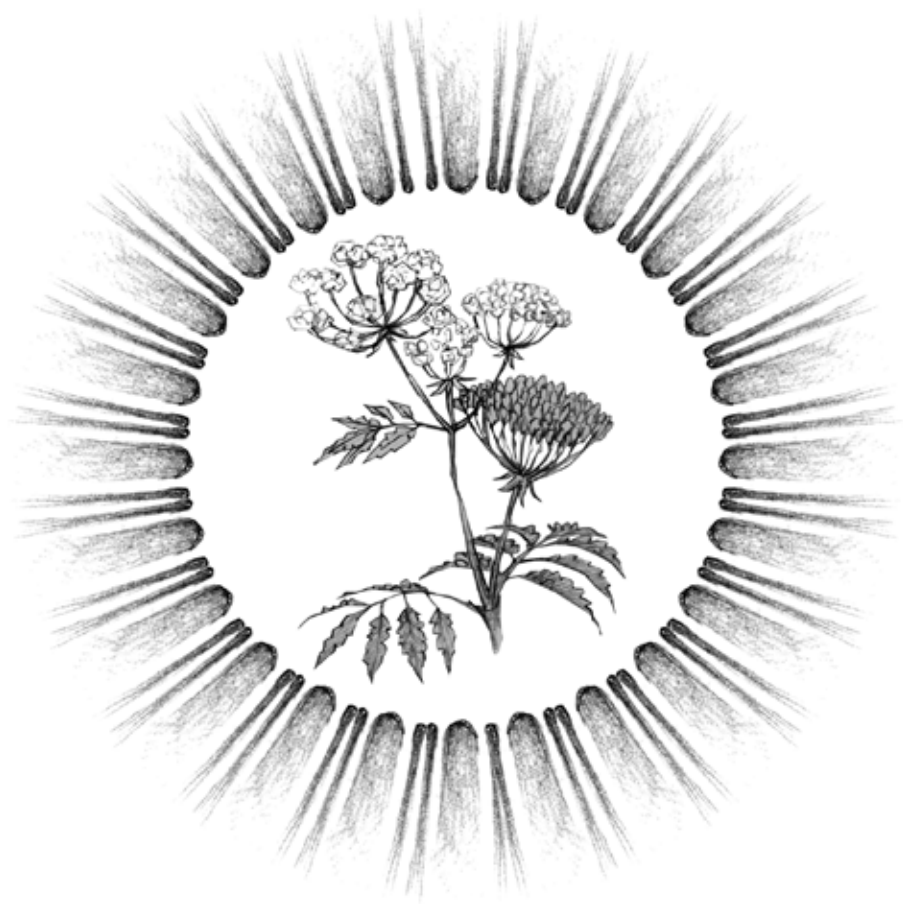
—¿Pero acaso la venden?

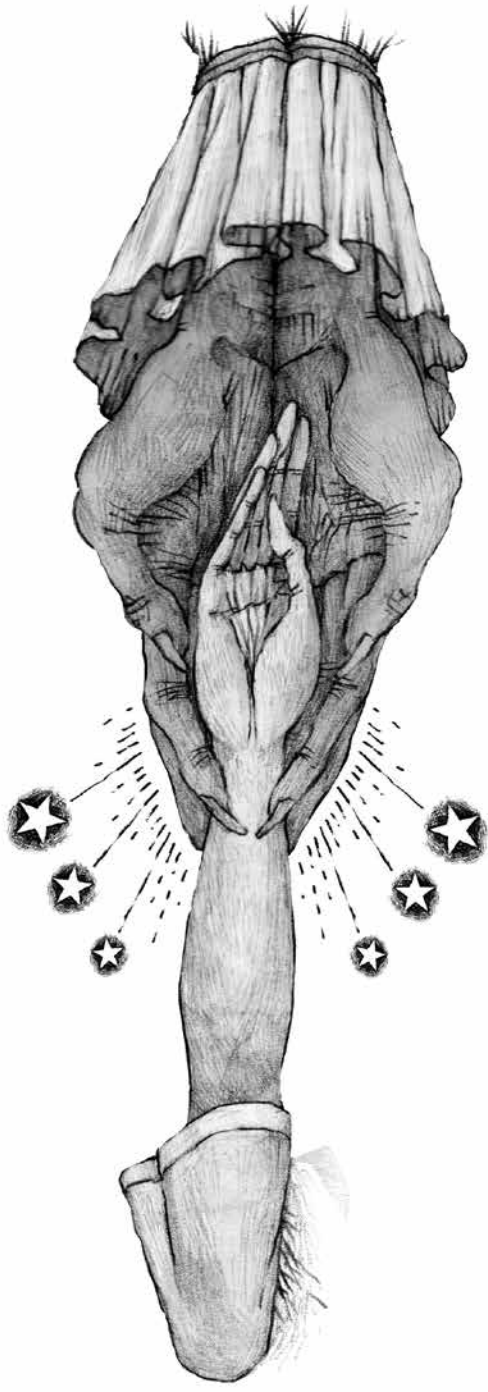
—Tal vez.

—¡No!, no puedo comprarla. El vendedor adivinaría que la quiero para morir dignamente como Sócrates.

—También es medicinal.

—Pero se me ve en los ojos lo suicida...





cercana? ¿Sería, tal vez, porque siempre invocó su presencia? Había escuchado que los deseos hacia otras personas se cumplen en quien los emite. Por eso, Sonia había maldecido a todo el mundo, los odiaba y les deseaba la muerte. Sentir odio la mantenía convencida de que el mundo era una porquería, y la existencia, inútil. Pero el efecto mágico que esperaba no se cumplía. Nadie se moría, ni ella ni los otros, aunque lo deseara. La vida era como llevar un lagarto en la espalda, un cocodrilo que antes de morir le había encajado los colmillos en el cuello. Un lagarto en continua e infinita descomposición. Un reptil que en las noches revivía y se le echaba en el pecho, en la cara, para no dejarla respirar. En esos momentos, el sueño de Sonia se profundizaba, su cuerpo levitaba, flotaba y a la vez caía, caíííííáaaaaaaaaaa, caía, caíííííííííííáaaaaaaaaaaaaaaaaaa, y antes de llegar al fondo despertaba, y antes de tocar el fondo, el lagarto putrefacto se acomodaba en su espalda.

Sonia abría los ojos con la seguridad de que por un instante había muerto, de que había muerto una vez más, ¿cuántas veces había muerto ya? ¿Cuántas había despertado en el mismo cuarto, en la misma cama, frente a la ventana y al eterno cuadro de la Virgen de Guadalupe, sabiendo que había muerto y revivido? ¿Revivido? Sí, ella era de esa especie, la de los revividos, esos seres que han reencarnado sin haberlo pedido, sin desearlo. Por eso los revividos no se integran al mundo, insisten en observarlo como si no les perteneciera, lo único que saben hacer es criticar, no estar de acuerdo, escapar; su mayor contradicción es desear y rehuir a la Muerte; temerle y buscarla; rechazarla e invocarla; exorcizarla y volverla a llamar.

Varias veces había escapado de la Muerte; por ejemplo, aquella vez que se encontraba en un salón, una especie de taller con mesas anchas y otros muebles cubiertos de polvo.

Escuchó que se abría la puerta, que alguien, sin tocar el piso con los pies, o sin pies, había entrado. Sin verla, Sonia supo quién era, tal vez por su olor a espacio vacío, a ropa oscura, a tela de lodo hecha jirones.

La Muerte avanzó sin hacer ruido, no llevaba en las manos un quinqué encendido ni una antorcha ni una veladora, sino una canasta con fruta fresca. Sonia se arrellanó junto a un mueble; su instinto de supervivencia hizo que tomara un cuchillo para esperar con actitud de ataque, de amenaza. La Muerte y Sonia se miraron fijamente, comunicándose sin palabras. Sonia no cedió al miedo, continuó amenazando con el cuchillo. La Muerte interpretó su firme actitud, y con la calma con la que había entrado se alejó sin rozar el suelo, dejando en la frente, en el túnel entre los ojos de Sonia, en lo más profundo de su mente, una advertencia.



LA CARTA DE DESPEDIDA

Lo había intentado a los dieciocho años. Se tomó todas las pastillas que encontró en la casa. Ese día era cumpleaños de La Varita de Nardo. Y mientras La Paloma y El Guajolote cantaban *Las Mañanitas* en el comedor, Sonia, tapándose los oídos, esperaba que las pastillas le hicieran efecto. Había pasado un rato y no sentía sueño ni dolor ni mareo. Su conciencia estaba completa. Tomó una pluma, una libreta y le escribió una carta a su mejor amiga: *Mónica, me tomé un chingo de pastillas. Quiero terminar conmigo y cambiar, pero de raíz, pasar a otra forma de existencia. Lo que pasó hoy no es todo. Terminar con René sólo es una parte. Me doy cuenta de que estoy hecha de porquería. Perdóname si con esto acabo de defraudarte, pero ya no me aguanto. Tal vez haya quien me quiera, pero no soy digna ni de tener una madre ni amigas. De que soy tonta, lo soy. La vida no es para mí. No sé enfrentarme (ojalá que esto dé resultado, si no tendré que tomarme más pastillas). Lo que hago es una ofensa para los seres humanos, para la vida en sí, para Dios. Si es que me muero, quisiera ver lo que pasa en la Tierra... ¡Pero estoy loca, estoy trastornada —o como se escriba—, la prueba es que me tomé las pastillas...*

Mónica, no te sientas mal. Estoy contigo. Siempre estaré contigo (no siento nada, todavía no me duele nada; no me quiero tomar más pastillas porque en la cajita dice que pueden causar urticaria, y no quiero tener comezón).

Dile a Lucía que me perdone, que no sé ser amiga, que ella vale mucho, que se supere siempre, que ame la vida. Dile a todo mundo que me perdone, si alguna vez les hice daño (necesito tomarme más pastillas, no me duele nada).

Cuando esté muerta, voy a ir a los teatros, y voy a bailar nada más con mi espíritu. Sí tengo espíritu. Voy a visitarte a ti y a Lucía. Voy a volar. Voy a ser libre. Voy a poder espiarlas. Entraré en sus casas y en su mente sin que me vean. Lo sabré todo, pero no podré decirles nada, y ustedes no se darán cuenta cuando esté a su lado.

Hoy es cumpleaños de La Varita de Nardo y hay pastel. Ella tiene un pie enyesado, y también fiebre. Ojalá que mi entierro no cueste mucho. Ya no voy a comer sopes ni tacos ni bananas split. Busca mi cuaderno, y dáselo a René. ¿Recuerdas todo lo que le escribí? Ya no me acuerdo de dónde copié los poemas: René, el muchacho de la guitarra rota junto a la azucena azul, la flor solitaria que gime, siendo la primera mujer del mundo, la Eva placentera. Arterias de sal se me vienen a la cabeza, como desgastadas piedras en mis piernas de leche. Acaríciame, René. Méteme las manos bajo la piel, expríme-me la mirada. Tómame como al agua del anochecer. Bébeme como a un té prodigioso. Soba mi cuerpo, que bajo mi vestido tiembla desnudo el deseo. Acaríciame, René. Abre las manos y úntamelas. Saboréame, dibújame con tu pincel de luz, con la humedad que brota como si ya me conociera. Toma mi cuerpo, lámelo, miembro vivo que me apunta como a la mejor de las hembras, como a una mujer de leche suave como la superficie del agua, como la primera capa de un pétalo, como la primera sábana que cobijó al mundo. Tómame, René, con el pulso de tu dureza serena que me ruega.

Él significó mucho para mí, pero nunca supe hacerla; nunca me entendió. Tampoco pude llegar a tocar la flauta ni



la guitarra como él. ¡Ah!, también quiero que le cuentes este cuento: Los espíritus del Amor y el Viento (aquí te dejo las fotocopias, cada que lo leo pienso en él), que encontré en un libro antiguo, creo que es de los hermanos Grimm, o de un tal Wilde, no sé, creo que es del que escribió “La caperucita roja”, aunque este cuento, sí me gusta: Mónica, antes de enterrarme me ponen mis chapitas, mis mallas, mi leotardo. Por favor me echas en la caja mi morral con mis cuadernos, mis cigarros, mi flauta, y algunas partituras, y me ponen mi vestido rosa (todavía no siento nada), pero mejor me voy a poner el vestido de una vez.

Ya sabes que traté de no hacer esto, hasta fui con el psicólogo que me recomendaron en la escuela, porque la directora me dijo que lo que yo tenía se llamaba depresión. ¿Te acuerdas que me acompañaste alguna vez? Lástima que era tan guapo y que me involucré con él. Yo tenía el deseo de ser mejor. Me acuerdo que escribía en mi cuaderno mis proyectos, y la frase que más repetía era: “Ahora sí voy a cambiar”, y hasta busqué en el diccionario las definiciones de las palabras: **Fuerza:** Resistencia, capacidad de soportar un peso o de oponerse a un impulso. // Poder, autoridad. // Capacidad para producir efecto. // Causa capaz de modificar el estado de reposo o movimiento de un cuerpo. **Valor:** Firmeza, integridad. // Cualidad del que no teme al peligro. // Atrevimiento, desvergüenza. // Eficacia. **Decisión:** Resolución. // Firmeza de carácter.

Tú sabes que hasta escribí muchísimas veces cada una de esas palabras en mi Cuaderno de Yología.

EL CUADERNO DE YOLOGÍA

I. LA PESIMISTA PASIÓN QUE LA DOMINA

Es desesperante. Estoy inconforme, en desacuerdo con la mecánica de la existencia: nacer y morir. ¿Para qué? Si he de morir mañana, que me muera de una vez. Como dice esa canción, la de “Valentina, Valentina yo te quisiera decir que una pasión me domina y es la que me ha hecho venir..., y si me han de matar mañana, pues que me maten de una vez”, porque la vida es tonta, desgastante, efímera, traidora o traicionera; es como una catapulta, como un túnel oscuro en el que nos vamos metiendo estimulados por unas cuantas luces intermitentes que se ven a lo lejos, pero que nunca son reales, nunca se pueden alcanzar ni tocar, porque son un engaño, una mentira inventada por quién sabe qué Dios que siempre está prometiendo. Todo es hacer y deshacer. Empezar y acabar en círculos sin sentido, parece que los vivos andamos en la rueda de la fortuna: comer, ir al baño; dormir, despertar; cocinar, lavar los trastes; subir y bajar; amanecer y anochecer... me parece ridículo que todo acabe y tenga que empezar, ¿acaso no hay descanso? Por eso a veces pienso que me voy a ir “al puerto donde se halla la barca de oro que debe conducirme... yo ya me voy. No volverán tus ojos a mirarme ni tus oídos escucharán mi canto; voy a inundar los mares con mi llanto, adiós, adiós, adiós para siempre adiós...” Estoy consciente de que mucho de lo que hago y pienso no corresponde con lo que se catalogaría como normal o sano. Tengo ideas y deseos destructivos.

había una vez un cuento, un cuento de nombre
Dea, un cuento como un recuerdo, como una
idea, si quieres yo te lo cuento... Había una vez
un cuento, un cuento de nombre Dea, un
cuento como un recuerdo, como una idea, si
quieres yo te lo cuento... Había una vez... El
Guajalote maldito... Llegabas arrepentido; dijiste
lo que debías callar, lo que nunca, ni en
soledad, debio pronunciar la furia de tus...

rompiste los cristales con el puño iracun-
do de la riqueza perdida, tu espíritu era un
potro sin domar, un pez sin respirar; anduviste
cargando la nobleza de la madera, empujando el
horizonte que te impedía adelantar, llegar atrás
de sus montañas infatigables; también sabías
decir cuentos y cantar ofuscado por el crujir
del tiempo; siempre te un anciano, convale-
ciente martirizado de flores para un altar
que nunca te huiste de ti misma, tu
misma el dolor, los ojos
callados más el mundo;
tu vista rompías las
uñas con fantasía, un tran-
scurso pequeña
carcomida un batre, por
un pequeño también feste el
después la que no podía tener
hojas de andar, trajinas por las

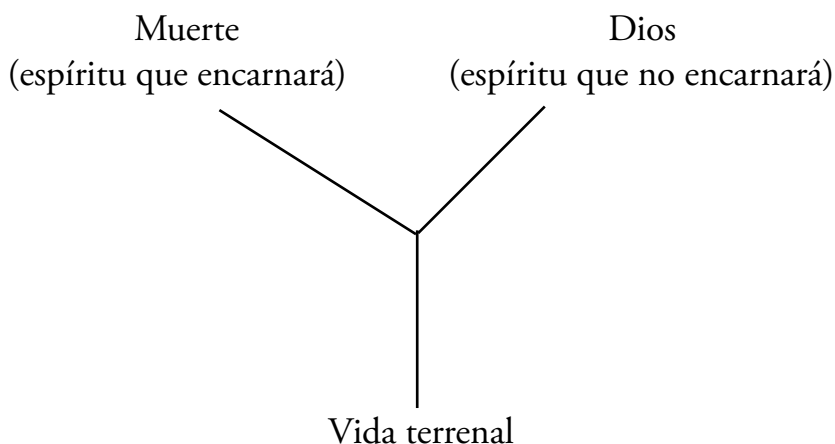


Por ejemplo, me gustaría vender mis órganos y que me pagaran por adelantado; quisiera convencer a la gente de que realicemos, por instinto, un suicidio colectivo, como si fuéramos ballenas y estuviéramos en Los Cabos. Sería bueno que la eutanasia fuera aceptada al cien por ciento, como en la película *Cuando el destino nos alcance*, y morir tranquilamente viendo paisajes de cascadas y de venados antes de que suceda lo peor. ¿Y qué es lo peor?, ¿cuál es la catástrofe mayor?, ¿morir?; entonces, si eso es lo peor, ¿por qué pensar en la muerte como la única solución? Mi mente y mis sentimientos se niegan a creer en lo positivo. Caigo de manera automática en el pesimismo. Es algo que no puedo controlar, que me hace flotar, que me altera y me aturde, que hace que no ponga los pies en la tierra. ¿No es contradictorio? ¿Buscar la muerte antes de que tenga que llegar para no enfrentarla en el momento en que sea ineludible? Me aterra. Es algo de lo que escapo sólo poniendo todo mi esfuerzo. Necesito respirar profundo, abrir exageradamente los ojos, tronarme los huesos, toser y, sobre todo, enojarme conmigo misma; es decir, regañarme, llamarme la atención. Así me sentí ayer, pero ayer me libré de mí misma, por un momento. Pude reconocer la grandeza de la vida, pero unos minutos después volví al pesimismo porque llegué a la conclusión de que el mundo está en decadencia, de que dentro de poco nadie podrá existir. Me pregunto si Dios existe, y si existe ¿escuchará?, y si escucha, ¿podrá intervenir y modificar los efectos de las acciones?

II. LA MECÁNICA DE LA EXISTENCIA

He descubierto la mecánica de la existencia y su relación con la vida del hombre. Hoy sé que todo es perfecto, y que el fin de la búsqueda radica en darse cuenta de ello. La perfección está a nuestro alrededor, adentro, afuera; se halla en él y en ella, pero en ellos habita la limitación para descubrirla. El hombre y la mujer nacen y no saben para qué, se pierden en la inconsciencia, y para no enfrentarse a su problemática, a su relación con el universo, disminuyen su capacidad de percepción, anulan la angustia de penetrar en sí mismos y se enajenan. Adoptan formas estereotipadas que los identifica entre ellos, que los hace ser iguales, como cortados por la misma tijera. Pero hay quienes no se conforman con tal actitud, y buscan ser diferentes, quieren trascender, intuyen su destino, su grandeza, su capacidad para ser dioses. ¿En dónde habré oído eso? El hombre ha creado teorías para justificar su estancia en la vida. Yo podría inventar una y darla a conocer. Pero me identifico con la que dice que para encontrar la perfección, las almas están sujetas a la reencarnación. Más que cuerpo somos alma, espíritu. El cuerpo es el medio, la nave, el vehículo con el que transitamos en la Tierra para conocernos; pero el cuerpo también es una limitante, la más grande, la más perjudicial porque sus capacidades perceptivas, si están muy desarrolladas, pero el alma es inmadura, hacen que el ser se confunda, y si los sentidos físicos no están muy aguzados no proporcionan suficiente información, y no hay modo

de que el espíritu evolucione en el campo del conocimiento. Es el alma la que da al cuerpo la capacidad de sentir y pensar. Alma y Espíritu son lo mismo. El cerebro sólo es un montón de músculo y líquidos sin voluntad, es como un automóvil que el espíritu conduce. Si el automóvil es de poca calidad, aunque el conductor sea un virtuoso, no lo podrá demostrar. Por eso existe la frustración humana. Por eso es necesario el equilibrio entre materia y espíritu. A mayor sensibilidad espiritual, mayor inteligencia. El alma y los sentidos mejoran con el paso de las vidas. Todos los sentidos —tacto, gusto, olfato, vista, oído, intuición, imaginación— son de origen espiritual, adquieren su nombre al hacer uso de la materia, pero en esencia son un solo sentido... sentido espiritual. ¿Me entienden? ¿Me explico? El alma y por lo tanto los sentidos mejoran con el paso de las vidas. Eso puedo explicarlo con un diagrama:

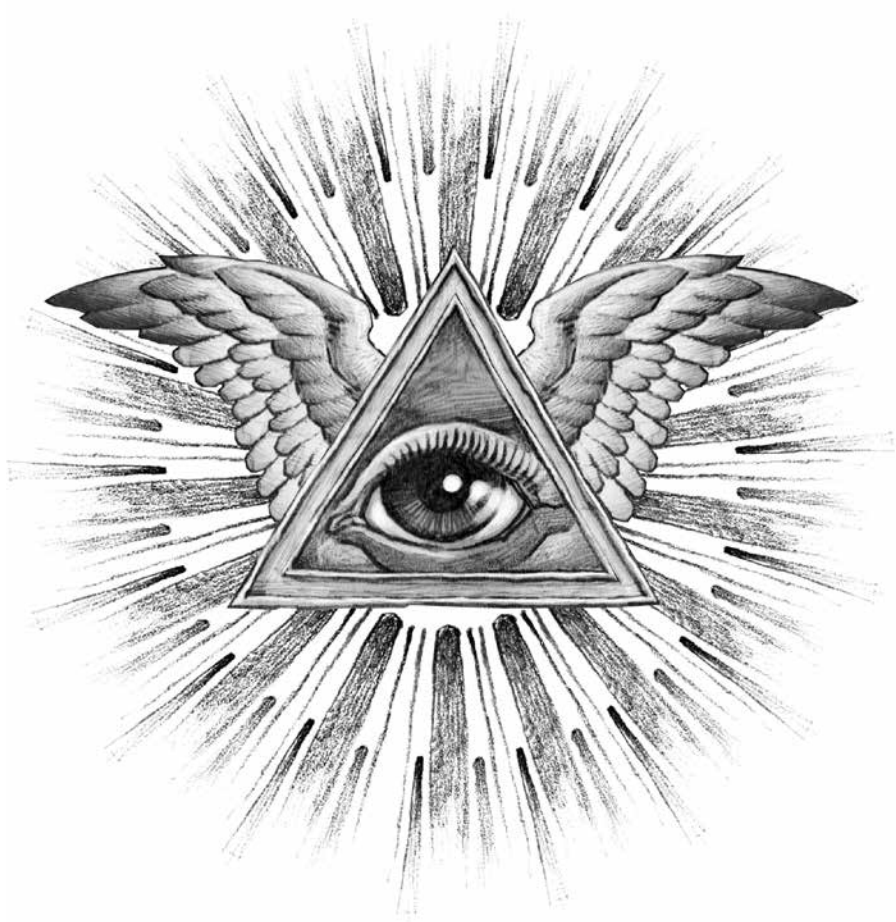


El hombre transita por la línea que representa la vida terrenal. Es una periferia semejante a la del torrente sanguíneo (siempre hay una correspondencia entre lo externo y lo interno). El ser humano, con su cuerpo, busca, pero no sabe qué.

huiste de ti misma, tú misma eras el miedo, la falta, el dolor, los ojos callados y el rincón más encerrado del mundo; tu vista huía de ti adivinando cómo rompías las uñas con tus dientes acabados; eras la fantasía, un tren que va regando silencio en su transcurso, una barca flotando, una nube pequeña carcomida por un gato negro, por un buitre, por un perro de ojos afilados; también fuiste el deseo, la planta oscura que no podía tener hojas, eras andar, volver a andar, trajinar por las cavernas de tus padecimientos. las lágrimas coagularon tu muerte certera, cantabas, veías en la ventana lo que los otros no podían imaginar, llorabas las otras lágrimas; marcada hechicera verde, tus cartas de incierta voluntad transitaban por el mantel de la adivinación; sabías lo que iba a suceder y no pudiste detener el tiempo maldito, el cauce redondo de su destino; tocaste las puertas sin entender la breve holgura del deseo; eras la gota ebria, la hoja agujerada por un granizo intemporal, te hablo a ti, Muerte, con voz baja, porque ya te he gritado, y no me escuchas o no me reconoces. Te necesito y te temo. Te anhelo y te rechazo. Te siento, y un espanto de lo desconocido me devuelve a la luz. ¿Qué eres? ¿Vienes con Dios o con el Diablo? ¿Actúas a tu libre albedrío? ¿De qué color es tu manto?

Olvida el objetivo de su encarnación. Durante ciclos de su vida terrenal se confunde, olvida los objetivos que hicieron retornar su espíritu a la Tierra, cree que nació para disfrutar de lo material, se deslumbra, parasitariamente cree que la felicidad radica en atender las necesidades de su materia. Pero nunca se confundirá definitivamente, podrá hacerlo durante una vida o durante muchas vidas. Pero siempre volverá a despertar en él su conciencia de búsqueda. Recorrerá la vena de la existencia terrenal hasta el momento que llegue la muerte, que es la pérdida del cuerpo o la liberación del espíritu. En la coyuntura, en el vértice donde se unen los tres tipos de existencias, el ser se halla en un momento crucial. El espíritu sin cuerpo recuerda el cometido de su vida terrenal, hace un análisis de lo que logró evolucionar, y si su estado aún es primitivo, porque no cumplió todos los objetivos; es decir, no evolucionó lo suficiente, se dirigirá a la línea que representa la muerte, donde tendrá un relativo reposo, ya que analizará sus actos en el mundo y hará un nuevo proyecto de vida terrenal para su próxima encarnación. Los espíritus desencarnados que se dirigen hacia la línea diagonal de la derecha, en la que se encuentra Dios, al hacer la revisión de su vida en la Tierra verán que ésta ha sido fructífera, satisfactoria, es decir, que han cumplido con su misión y se hallan en un grado evolutivo alto. Ellos no volverán a encarnar, se habrán librado del dolor que implica entrar y salir de un cuerpo, o sea nacer y morir, pero aún les faltará evolucionar antes de que lleguen a fundirse con Dios, porque Dios es una célula con inteligencia, y cada espíritu un átomo que lo conforma. La célula deidad contiene espíritus perfectos, que Dios mente, en momentos cruciales, vuelve a enviar a la Tierra para que den testimonio de su existencia por medio del amor y la caridad.

Son seres evolucionados que, sin ningún interés material, dan a los humanos el ejemplo del camino a seguir. Porque todos los espíritus, encarnados y desencarnados, que aún no transitan por el camino que representa la diagonal derecha del diagrama, tarde o temprano (siglos menos, siglos más), llegarán a fundirse con Dios en su Patria Verdadera.



LA PERFECCIÓN DE LA AMIGA MUERTA

— **E**stoy en un lugar en donde no hace calor ni frío, donde no hay odio ni envidia ni rencor. Es un sitio mejor que la Tierra. Pero aún lavo y purifico. Tuve que desencarnar con mucho dolor, y estoy pidiendo por los que fueron mis amigos. Tú me dices: “Dios te dé Su luz”, y yo recibo Su Luz. Gracias, Sonia, qué bueno que te acuerdas de mí, fuiste y sigues siendo mi mejor amiga. No te alejes de esta casa. Mientras habité la Tierra yo no la conocí, qué bueno que tú ya estás aquí. Soy de regocijo en este día de Gracia en que mi Padre, Dios y Señor, permite en estos instantes la comunicación espiritual con los que fueron los nuestros. Ve y lleva, a los que fueron los míos, mi saludo espiritual. Sólo un instante, sólo un instante nos permiten acercarnos, y soy en el agradecimiento... Ya voy, ya parto, soy de retorno...

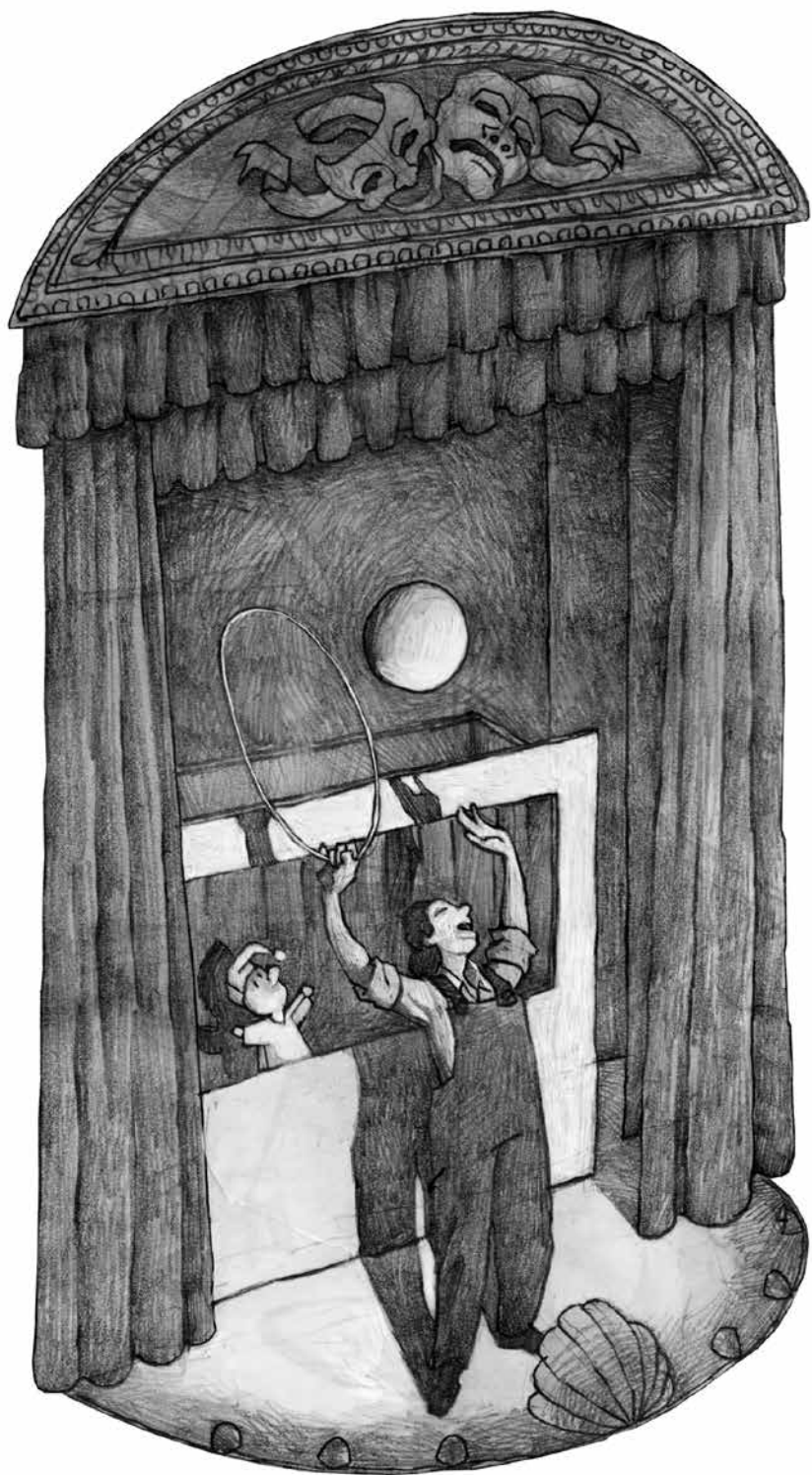
Ésas fueron las palabras de su amiga Dea cuando pidió hablar con ella a través de una médium. Dea había padecido cáncer en la pleura. Había muerto muy joven, a los treinta años. Sonia la conoció en un Taller de Cuenta Cuentos. Dea era una experta. Participaba en todos los festivales y ferias para niños que se programaban en la ciudad, y hasta contaba cuentos en el radio; tenía su propio programa. Dea amaba a los niños y luchaba para que no fueran maltratados, por eso promovía sus derechos. Creía en ellos,

en su creatividad. Se mantenía ocupada de tiempo completo buscando cuentos en las librerías y en las bibliotecas, y aprendiéndoselos y ensayándolos frente al espejo, haciendo muecas y diferentes voces, que a Sonia le recordaban a la tía Gallina. Dea también era integrante de una compañía de Teatro Infantil, y había invitado a Sonia a participar, a montar una obra de títeres en tres actos, que Dea había escrito para dar a conocer a los niños los juguetes y los juegos tradicionales. Al inicio de cada función, Dea leía una presentación dirigida a los papás de los niños:

La obra que presenciarán está diseñada especialmente para niños en edad preescolar. En ella se representan las múltiples posibilidades que ofrecen los juguetes tradicionales como el aro, la pelota, la cuerda, el papalote, las canicas, y también los juguetes de origen artesanal como la escalera, el tambor, la matraca, el trompo, la pirinola, los palitos chinos, la tablitas mágicas, las máscaras, la guitarra y otros que, con la belleza de su colorido, estimulan la imaginación de los pequeños. Los niños tienen derecho a hacer uso de su fantasía y a ser creadores de sus juegos.

Al decir la última frase, Dea levantaba los brazos en actitud triunfante, luego se inclinaba agradeciendo los aplausos, caminaba hacia atrás y se perdía en la garganta oscura del escenario. La música comenzaba, otras luces se encendían y Sonia sacaba por el teatrino un títere cabezón...

Dea era una niña, y al contar cuentos y al actuar se divertía a sí misma. Cuando Sonia la conoció, Dea vivía



con Moisés, su pareja, en un departamento oscuro. Moisés había sido un actor talentoso al que el alcoholismo no le permitió realizar sus proyectos. Era doce años mayor que ella, y no la apoyaba ni la respetaba. Para él, todo lo que Dea hacía y proponía no era de importancia. Moisés era divorciado y tenía dos hijos gemelos, un niño y una niña, a los que Dea había conocido cuando tenían ocho años, y como a todos los niños, Dea los quería.

Sonia dejó de ver a Dea más o menos un año, cuando la reencontró, se había cambiado de casa y ya no vivía con Moisés, sino con Lourdes, una amiga que también contaba cuentos. El aspecto de Lourdes era masculino. Usaba ropa deportiva y una cachucha sobre sus cabellos cortos y canosos. Sonia se resistía a pensar que Dea y Lourdes eran pareja, pero lo comprobó cuando la invitaron a salir con ellas.

—Sonia, ¿quieres ir con nosotras a un bar de lesbianas?

Sorprendida, Sonia tragó saliva y dijo que no.

—¿Por qué?, nadie te molestaría. Todas son muy respetuosas con las bugas.

Sonia no quiso acompañarlas. No le molestaba que Dea se hubiera vuelto lesbiana, pero necesitaba tiempo para asimilarlo. Poco después, Sonia se enteró de que Lourdes había sido pareja de la primera esposa de Moisés, y se preguntaba si lo que había llevado a Dea a relacionarse con Lourdes era una venganza, hacer sentir mal a Moisés, hacerlo pagar un poquito sus engaños y sus maltratos.

Dea y Lourdes sólo vivieron juntas un año y medio. La enfermedad de Dea empezó con una gripa que se

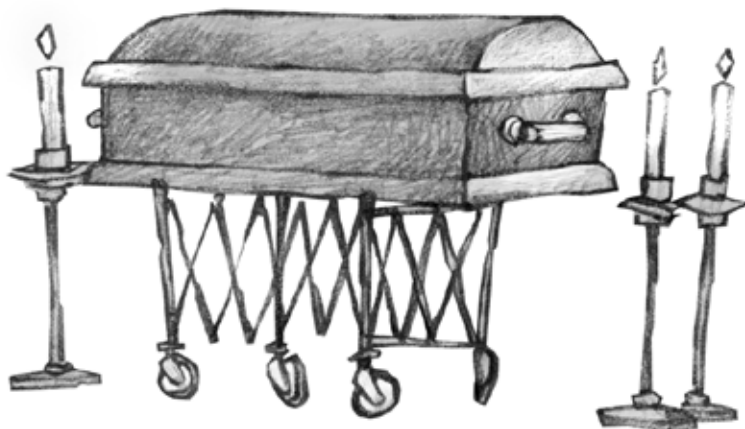
complicó hasta hacerse bronquitis. Las radiografías y otros estudios indicaron que Dea padecía cáncer en la pleura. Sonia la visitó primero en el hospital de enfermedades respiratorias, donde pudo hablar con ella. Dea lloró, diciéndole que los dolores eran terribles. Después, Sonia la visitó en Oncología.

Los papás de Dea y sus hermanas no le hablaban a Lourdes, no podían verla ni en pintura. Cuando los médicos dijeron que Dea estaba a punto de fallecer, sus padres se la llevaron a su casa, donde no dejaron entrar a nadie. El último cumpleaños de Dea, ella lo pasó drogada, en su cama, en la casa a la que nunca le hubiera gustado volver, y aunque Patricia, Lourdes y Sonia fueron a buscarla, la mamá de Dea les dijo, desde la ventana del primer piso, a pesar del aguacero que caía, que se fueran, que Dea no quería que la molestaran, que no quería que la vieran.

Cuando Dea falleció, sus amigas y amigos, en lugar de rezar y llorar en el velatorio, se pusieron a contar cuentos. Lourdes se presentó hasta en la mañana, y los familiares de Dea, que ya se habían puesto de acuerdo, formaron una valla a la entrada y no la dejaron pasar por ser lesbiana, por haber sido pareja de la muerta, por estar enamorada de ella.

Lourdes, con un grupo de amigas, salieron del velatorio y se fueron al panteón. Estuvieron dos horas junto a la fosa abierta, finalmente decidieron no seguir esperando, porque Dea ya no estaba en el cuerpo que iban aL enterrar. Dea se había ido lejos, o quizá estaba demasiado cerca, junto a ellas. Pero Dea, lo que había sido, lo que había hecho, no se desintegraría con un montón de músculos y huesos.

Dea seguiría viva en sus cuentos, en el recuerdo que de ella tenían los niños y sus amigos... había una vez un cuento, un cuento de nombre Dea, un cuento como un recuerdo, como una idea, si quieres yo te lo cuento... Había una vez un cuento, un cuento de nombre Dea, un cuento como un recuerdo, como una idea, si quieres yo te lo cuento... Había una vez...



LA DESESPERACIÓN DEL TIEMPO

A los doce años, le dijo a La Varita de Nardo que le hubiera gustado no haber nacido.

—Estás loca. ¿Cómo puedes decir eso? Deberías agradecerle a Dios que estás viva y que estás sana. Tienes toda una vida por delante, apenas empiezas a vivir.

Nada era para Sonia más pesadoso que esas palabras. “Una vida por delante, apenas empiezas a vivir.” Además le enfadaba pensar que tenía que agradecerle a Dios. Sentía que más bien tenía que reclamarle. Qué espantosos le parecían los años que tenía “por delante”. ¿Qué iba a hacer Sonia si la vida era tan larga, si le faltaban tantos años por recorrer? ¿Qué iba a hacer si el tiempo transcurría lentamente, si ella lo único que esperaba era la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro?, porque alguien le había dicho que ésa, la del futuro, sería una vida mejor para los seres humanos, que ya no habría guerras ni enfermedades ni sufrimientos.

Pero aún faltaba mucho tiempo para que llegara la vida del mundo futuro. Mucho, muuuuuuuuuucho tiempo, largo, larguuuuuuuuuuísimo, tedioso, aburridooooooooooooo. Tan aburrido y desesperante como el que tenía que esperar que pasara para salir corriendo de la secundaria. Cada día, cuando asistía a las clases, cuando llegaba temprano y la dejaban entrar, porque Sonia se las ingeniaba para llegar tarde, para no ir o para irse de pinta, preguntaba cuánto tiempo faltaba para que tocaran el timbre que anunciaba la salida.

Entonces multiplicaba por sesenta los minutos y se ponía a contar siguiendo el ritmo del segundero... uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez... El Guajalote maldito... llegabas arrepentido; dijiste lo que debías callar, lo que nunca, ni en soledad, debió pronunciar la furia de tus delirios; rompiste los cristales con el puño iracundo de la riqueza perdida, tu espíritu era un potro sin domar, un pez sin respirar; anduviste cargando la nobleza de la madera, empujando el horizonte que te impedía adelantar, llegar atrás de sus montañas infatigables; también sabías decir cuentos y cantar ofuscado por el crujir del tiempo; siempre fuiste un anciano, convaleciente mártir cargado de flores para un altar que nunca te escuchó...

El Guajolote nació en Tianguistengo, Hidalgo. Su niñez la pasó entre milpas y sembradíos de magueyes. Fue el único hombre, y era el único que le ayudaba a trabajar a su papá. Cuando éste falleció, El Guajolote tenía diecisiete años, y tuvo que hacerse cargo de su madre, La Guajolota, y también de La Gallina, La Pava y La Pata. Diario se levantaba a las cinco de la mañana para ir a recoger leña. Atravesaba el pueblo y saludaba a los ancianos que ya estaban sentados junto a los portones de las haciendas pulqueras. Aún estaba oscuro. Frente a la iglesia se persignaba y caminando salía del pueblo. Cruzaba la milpa y llegaba a la falda del cerro, donde llenaba el costal de ramas de pino. Luego sacaba su resorte-ra y apuntaba a las ardillas, a los conejos y a los tlacuaches que de pronto aparecían. Tenía doce años, era un Guajolote pequeño. En ese entonces debió haber escuchado el cuento del Santo Tlacuachito y el padre Miguel, que tantas veces les contó a Sonia y a La Paloma. Cada vez que escuchaban el cuento, por lo menos una vez a la semana, La Paloma y Sonia soltaban una carcajada tan fresca que parecía que era



la primera vez que lo escuchaban. El Guajolote se quedaba cantando entre dientes: “Santo Tlacuachito, colita pelada. Santo Tlacuachito...”

El Guajolote regresaba al pueblo con el costal de leña y con dos ramitos de flores que iba cortando en el camino; uno para la Virgen de Guadalupe de la iglesia, y otro para el cuadro de la Virgen de su mamá. Desde esa época tenía la costumbre de no llegar a su casa sin flores para la imagen.

—La gente ha de decir que eres un hombre muy atento, que quieres mucho a tu esposa y que diario le traes flores —le reclamaba La Varita de Nardo, un tanto celosa.

La Virgen de Guadalupe siempre se había interpuesto, colgada en la cabecera de la cama, entre el amor de los padres de Sonia y La Paloma, y aun entre El Guajolote y sus hijas. La fe no había logrado transmitírselas, a pesar de que colocó un cuadro enorme en la recámara de ellas, e instaló una repisa en donde siempre debía haber flores y veladoras encendidas hasta de noche.

A Sonia, más que devoción, la Virgen de Guadalupe le causaba temor, se le figuraba un policía que El Guajolote había puesto ahí para que las vigilara, para que no las dejara hacer ni pensar nada que no estuviera permitido. Era como un espía que escuchaba los secretos que Sonia y La Paloma se confesaban; era como una chismosa que iría a contarle al Guajolote todas las travesuras con lujo de detalle. A Sonia, la Virgen también le causaba lástima, la veía como a una mujer presa, condenada a permanecer adentro del marco, quemándose en un infierno, encerrada entre hojas y espinas, inmóvil, condenada como una luciérnaga de piedra, pintada sobre un cartón maltratado, que le mutilaba la voluntad de los músculos y los huesos.

LA PRENSA

—**A**horita vengo, si te bajas te pego y te cuelgo de ese clavo de las meras greñas —dijo El Guajolote, señalando la pared de enfrente.

A Sonia no le quedó más que esperar, ya que al instante se imaginó colgada en medio de la habitación, con el uniforme de cuadritos rojos y blancos aún puesto y con los pies meciéndose en el aire, como un espantapájaros. Se quedó sentada sobre las tablas, no dijo nada; miraba los nudos de la madera, le parecían ojos de caballos y búhos y piedras pomes incrustadas entre las vetas.

El Caballo, el ayudante de El Guajolote se reía al verla tan seria.

—Tan bonita chamaca, y mira nomás qué espantada. No le hagas caso, ¿a poco crees que de veras te va a colgar?

El Guajolote salió del baño; regresó al comedor que servía improvisadamente de taller; tomó el serrucho y cortó la madera. Se apoyaba con las dos manos, empezaba a serrotear despacio y terminaba con movimientos fuertes y certeros. El Guajolote acostumbraba subir a Sonia sobre las tablas para que hiciera peso, por eso le decía La Prensa. Ésa era una virtud que Sonia había heredado de la tía Marrana. Conforme se iba juntando el aserrín, Sonia lo recogía y lo guardaba en las bolsas de su uniforme almidonado.

—Mírala —dijo El Guajolote—, no metas los dedos, que no ves que te los puedo cortar.

Los trozos de madera fueron cayendo. El Guajolote les limpiaba las orillas, les soplabá y los miraba a todo lo largo cerrando un ojo para comprobar que estuvieran derechos.

—Ya bájate de ahí, ¿que no ves que ya terminé?

Sonia dio un brinco, y se puso a recoger el aserrín y la viruta que acababan de caer al suelo. Se dirigió al baño para mirarse en el espejo. Se untó crema en la cara y se puso, a manera de mascarilla, el aserrín. Luego introdujo varios mechones de su pelo en las virutas, haciéndose una melena de caireles.



EL AIRE FICTICIO QUE ENGAÑÓ SUS PULMONES

Te rehusaste a ir al doctor. Te negaste a tomar unas vacaciones. No quisiste descansar. Si hay una palabra con la que podría definirte es “trabajador”. Moriste el primero de mayo a las cinco de la mañana, como un héroe envuelto en una bandera honrosa. Quienes te conocieron no podían creer que habías muerto ese día. Nunca faltabas, aunque estuvieras enfermo llegabas puntualmente. Habías padecido fiebres altas. Te costaba trabajo caminar, respirar, y en ocasiones no alcanzabas a llegar a tiempo al baño. Te veíamos verdoso, pálido, casi transparente, con los ojos irritados, con cara de pez agónico aún adentro de la pesera. Estabas a punto de ahogarte. La Muerte se te asomaba por la piel, danzaba, balbuceaba sus amenazas y entrecortaba tu respiración.

¿Por qué no quisiste ir al hospital? Te negaste hasta el cansancio. Yo misma te ofrecí acompañarte. Esa mañana, La Paloma y yo te ayudamos a subir al taxi. Nos quedamos pensando, mientras veíamos alejarse el coche, en cómo descenderías si a penas podías sostenerte en pie. Desde hacía meses te habías sentido mal. No tenías la misma vitalidad. Ya no inventabas canciones. Ya no se te oía contar y volver a contar el cuento de “El Santo Tlacuachito”. Ya no despertabas en la noche para recitar: “Muerte, no seas inhumana, no vengas mañana, déjame vivir”. “Esta vida es un misterio, una visión pavorosa, una vereda escabrosa que nos lleva

al cementerio”. Tampoco nos despertabas a La Paloma y a mí haciéndonos cosquillas en los pies y cantando: “Arriba reflojotas, arriba a trabajar, durmieron ya bastante, arriba a trabajar, trabajar, trabajar, trabajar...” Tu buen humor y tu salud descendieron hasta el círculo más estrecho de la tristeza después de que murió La Varita de Nardo.

La Paloma y yo fuimos muy ingratas. Cuando llegaste de trabajar, la casa estaba llena de tíos y tías y primas vestidos de negro. Te sorprendiste. Eras el esposo de La Varita de Nardo y te enterabas de su muerte ocho horas después. Entraste, saludaste, como siempre, sin aspavientos; te metiste a tu recámara, y La Paloma se encargó de darte la noticia. No sé exactamente lo que te diría, pero te sentaste al borde de la cama, te quedaste pensativo, luego te recostaste y, sin decir palabra, cerraste los ojos.



Yo nunca te vi llorar, pero dice La Paloma que ese día sí lloraste. ¿Dormiste toda la noche? ¿Por qué no fuiste al funeral? ¿Qué huracán te cambió de lugar los pensamientos, los órganos y los sentidos? ¿Soñaste con tu Varita de Nardo?, ¿la veías alta y delgada, con los labios pintados de rojo como cuando la conociste?, ¿o elegiste recordarla vieja y con los pulmones deshechos?

La Paloma y yo llegamos a pensar que eras un hombre malo, porque nos enteramos de que además de La Varita de Nardo habías tenido otras esposas. ¿A qué mujer habrás querido más? ¿Quién de ellas vislumbró en tus ojos la flama tibia con que se describe al amor? ¿Quién supo besarte las manos, recibir tus caricias, interpretar tu sonrisa? Ayer, en mi sueño, te vi con tu camisa café. Jugaste conmigo. Me perseguiste y, cuando me alcanzaste, te besé las manos. Dos veces te besé las manos. No es verdad que fuiste malo. No es verdad que cuando te vi en la camilla con la cabeza cubierta, no sentí nada. En realidad era tanto, que me ahogo en mí misma y me tapo la boca y los ojos para no sentir; era como una momia que se deshace por dentro, como un esqueleto desmembrado que se cose y recose los huesos para que parezca que vive.

Nos llamaron en la tarde para decirnos que estabas en el hospital, en urgencias. No te reconocíamos. No eras el hombre fuerte que estábamos acostumbradas a ver. Tenías miedo y nos apretabas las manos para no perder contacto con la vida. Después de la muerte cerebral, un aire ficticio alimentó y engañó tus pulmones. Tus recuerdos y tus visiones permanecieron, todavía un largo rato, danzando sobre tu corazón, sin poder despertarlo.

LAS MALDICIONES DEL TIEMPO

O nce, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte, La Varita de Nardo maldita: huiste de ti misma, tu misma eras el miedo, la falta, el dolor, los ojos callados y el rincón más encerrado del mundo; tu vista huía de ti adivinando cómo rompías las uñas con tus dientes acabados; eras la fantasía, un tren que va regando silencio en su transcurso, una barca flotando, una nube pequeña carcomida por un gato negro, por un buitre, por un perro de ojos afilados; también fuiste el deseo, la planta oscura que no podía tener hojas, eras andar, volver a andar, trajinar por las cavernas de tus padecimientos... veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve, treinta..., La Paloma maldita: estabas en el paraíso, saliste por tu propia voluntad y porque las hojas, esparcidas, flotaban alrededor de ti, en torno de tus ramas lluviosas y te invitaban; era otoño, lo sé, un día nueve de remembranza, un octubre obeso de recuerdos; pero en realidad nada estaba, nada habías vivido sino el azulverdoso de un globo maternal, treinta y uno, treinta y dos..., Sonia maldita: las lágrimas coagularon tu muerte certera, cantabas, veías en la ventana lo que los otros no podían imaginar, llorabas las otras lágrimas; marcada hechicera verde, tus cartas de incierta voluntad transitaban por el mantel de la adivinación; sabías lo que iba a suceder y no pudiste detener el tiempo



uno dos tres cuatro cinco seis siete ocho nueve
diez once doce trece catorce quince dieciséis
diecisiete dieciocho diecinueve veinte veintiocho
veintidos veintitres veinticuatro veinticinco
veintiseis veintisiete veintiocho veintinueve treinta
treintauno treintaodos treintaes treinta y cuatro
treinta y cinco treinta y seis treinta y siete treinta y ocho
treinta y nueve cuarenta cuarenta y uno cuarenta y dos
cuarenta y tres cuarenta y cuatro cuarenta y cinco
cuarenta y seis cuarenta y siete cuarenta y ocho
cuarenta y nueve cincuenta cincuenta y uno
cincuenta y dos cincuenta y tres cincuenta y cuatro
cincuenta y cinco cincuenta y seis cincuenta y siete
cincuenta y ocho cincuenta y nueve sesenta
sesenta y uno sesenta y dos sesenta y tres
sesenta y cuatro sesenta y cinco sesenta y seis
sesenta y siete sesenta y ocho sesenta y nueve
ochenta ochenta y uno ochenta y dos ochenta y tres
ochenta y cuatro ochenta y cinco ochenta y seis
ochenta y siete ochenta y ocho ochenta y nueve
noventa noventa y uno noventa y dos noventa y tres
noventa y cuatro noventa y cinco noventa y seis
noventa y siete noventa y ocho noventa y nueve
cientouno cientodós cientotres cientocuatro
cientocinco cientoseis cientosiete cientoocho
ciento uno ciento dos ciento tres ciento cuatro
ciento cinco ciento seis ciento siete ciento ocho
ciento nueve ciento diez ciento once ciento doce
ciento trece ciento catorce ciento quince ciento dieciséis
ciento diecisiete ciento dieciocho ciento diecinueve
ciento veinte ciento veintiocho ciento veintidos
ciento veintitres ciento veinticuatro ciento veinticinco
ciento veintiseis ciento veintisiete ciento veintiocho
ciento veintinueve ciento treinta ciento treinta y uno
ciento treinta y dos ciento treinta y tres ciento treinta y cuatro
ciento treinta y cinco ciento treinta y seis ciento treinta y siete
ciento treinta y ocho ciento treinta y nueve ciento cuarenta
ciento cuarenta y uno ciento cuarenta y dos ciento cuarenta y tres
ciento cuarenta y cuatro ciento cuarenta y cinco ciento cuarenta y seis
ciento cuarenta y siete ciento cuarenta y ocho ciento cuarenta y nueve
ciento cincuenta ciento cincuenta y uno ciento cincuenta y dos
ciento cincuenta y tres ciento cincuenta y cuatro ciento cincuenta y cinco
ciento cincuenta y seis ciento cincuenta y siete ciento cincuenta y ocho
ciento cincuenta y nueve ciento sesenta ciento sesenta y uno
ciento sesenta y dos ciento sesenta y tres ciento sesenta y cuatro
ciento sesenta y cinco ciento sesenta y seis ciento sesenta y siete
ciento sesenta y ocho ciento sesenta y nueve ciento setenta
ciento setenta y uno ciento setenta y dos ciento setenta y tres
ciento setenta y cuatro ciento setenta y cinco ciento setenta y seis
ciento setenta y siete ciento setenta y ocho ciento setenta y nueve
ciento ochenta ciento ochenta y uno ciento ochenta y dos
ciento ochenta y tres ciento ochenta y cuatro ciento ochenta y cinco
ciento ochenta y seis ciento ochenta y siete ciento ochenta y ocho
ciento ochenta y nueve ciento noventa ciento noventa y uno
ciento noventa y dos ciento noventa y tres ciento noventa y cuatro
ciento noventa y cinco ciento noventa y seis ciento noventa y siete
ciento noventa y ocho ciento noventa y nueve
ciento
ciento

maldito, el cauce redondo de su destino; tocaste las puertas sin entender la breve holgura del deseo; eras la gota ebria, la hoja agujerada por un granizo intemporal, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco, cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta... El Mundo maldito: se nace para fracasar, para despertar a medianoche soñando con madrugadas suaves; se nace para fracasar, para buscar la frase exacta, el acto preciso, para contar los días y las horas y los minutos y los segundos y creer que se triunfa; se nace para fracasar, para degollar y enterrar los cuerpos, para descuartizar el tiempo, para desmembrar al amor..., cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco, cincuenta y seis, cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta: La Hermana Blanca maldita: te hablo a ti, Muerte, con voz baja, porque ya te he gritado, y no me escuchas o no me reconoces. Te necesito y te temo. Te anhelo y te rechazo. Te siento, y un espanto de lo desconocido me devuelve a la luz. ¿Qué eres? ¿Vienes con Dios o con el Diablo? ¿Actúas a tu libre albedrío? ¿De qué color es tu manto?, sesenta y uno, ¿en dónde, sesenta y dos, estás, estamos?, sesenta y tres, sesenta y cuatro, sesenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y siete, sesenta y ocho, sesenta y nueve...

LA SECUNDARIA MALDITA Y LA LEUCEMIA QUE NO FUE SUYA

Sólo una vez, Sonia se sacó diez en Geografía. Fue el único diez en todo el salón. Se había aprendido de memoria los países de todos los continentes con sus capitales. Cuando el maestro dijo que el diez era de Sonia, los compañeros y compañeras, al mismo tiempo, la voltearon a ver:

—¿Sonia? —pero cómo había sucedido, si Sonia era la más burra, la más faltista, la que se sentaba hasta atrás.

Otra cosa que la diferenciaba de las demás niñas, era que Sonia sabía fumar. Había aprendido en la casa de Silvina, la vecina con la que a menudo se iba de pinta. Silvina le robaba los cigarros a su hermano, y las dos se subían a la azotea a arrojar humo en forma de bolitas. Sonia sabía dar el golpe, y para confirmarlo, practicaba el submarino; daba una fumada y luego un trago de agua, una fumada y un trago de agua, una fumada y un trago de agua... Hasta que se mareaba y la boca le sabía amarga, hasta que el estómago se le revolvía.

Había querido enseñar a fumar a La Paloma, una tarde que La Varita de Nardo y El Guajolote no estaban en la casa. Sonia sacó un cigarro de la mochila, lo encendió y le mostró a La Paloma cómo se hacían las bolitas y el submarino. La Paloma pudo hacer las bolitas, pero al intentar el submarino casi se ahogó. Asustada por el ataque de tos que le dio, Sonia la llevó al baño y le echó agua en la cara. Pero La Paloma tosió más. Al recordar que La Varita de Nardo



y el Guajolote regresarían en unos minutos, Sonia dejó a La Paloma tosiendo, y en la estufa puso una tortilla a quemar para que cuando ellos entraran no olieran el humo del cigarro.

La Paloma salió del baño, y furiosa le dijo a Sonia:

—Vas a ver. Te voy a acusar, le voy a decir a mi papá que sí es cierto que eres mala, muy mala, que me quisiste matar...

“Niña mala, estás celosa, querías matar a tu hermanita; niña mala estás celosa querías matar a tu hermanita; niña mala estás celosa, querías matar a tu hermanita...”

—No es cierto, Paloma, no es cierto, no es cierto. Yo no te quería matar, sólo te quería enseñar a fumar...

Sonia odiaba a las prefectas malditas, a esas señoras gordas y viejas que no hacían más que pasearse por los corredores de la secundaria, gritando “te voy a reportar”, sin levantar la vista de sus tejidos. Sonia había pensado, que un día, cuando fueran bajando la escalera, las iba a aventar, o que llamaría a Ultramán para que tirara el edificio de tres pisos que más que escuela, era una cárcel, un lugar de torturas, creado por un arquitecto maldito.

Para faltar a la secundaria maldita, Sonia escondía el maldito uniforme y los zapatos malditos, o se bañaba de noche y se acostaba con el cabello y la bata mojados para enfermarse. Alguna vez llegó a tomar leche cortada con limón, pensando en que le daría diarrea, pero la maldita receta resultó inofensiva.

Los martes y los jueves, a las tres de la tarde, en la secundaria maldita había clases de Gimnasia Olímpica. Sonia empezó a ir a esas clases con constancia. Su cuerpo era esbelto y bien proporcionado, fuerte y flexible. Para sorpresa suya avanzó rápidamente en acrobacia, en caballo y

en la viga de equilibrio. Entonces le sucedió lo que nunca antes le había pasado, sus compañeras empezaron a admirarla. La maestra la ponía de ejemplo. Sonia era el modelo a seguir. A fin de año participaba en las exhibiciones e iba a las competencias con gimnastas de otras escuelas. Hasta la niña más aplicada del salón llegó a decirle que la admiraba. Sonia nunca se juntaba con ella. A la hora del recreo buscaba a su amiga Liliana, una niña flaca-flaca, de voz ronca, que estaba muy pálida, casi amarilla, de rodillas huesudas, quien, como Sonia, era de las faltistas. Antes de que salieran de tercero, Liliana dejó de ir a la secundaria maldita. Entonces, Sonia buscaba a la hija de la conserje, una niña de siete años con la que se entendía muy bien, con la que jugaba a lo que sus compañeras de secundaria ya habían olvidado. Pero Sonia extrañaba a su única amiga. ¿Por qué habría dejado de ir Liliana a la escuela?

En las vacaciones de fin de año, Sonia se enteró de que Liliana había padecido leucemia, y que dejó de ir a la secundaria porque se había muerto, porque La Hermana Blanca la había escogido, la había señalado con su dedo largo y filoso y se la había llevado sin que Liliana la llamara, sin que la buscara ni la deseara, sin necesidad de que le gritara.

¿Por qué Liliana? ¿Por qué Liliana y no ella? A partir de entonces, Sonia se propuso, que ella también, de manera espontánea, padecería leucemia y que se subiría a la barca de oro que habría de conducirla...

LAS PASTILLAS PRECIOSAS

Esta vez no debía fallar. Por eso tomaría algo más que las pastillas. Se levantó de la cama. Se puso una bata. Corrió hacia la alacena. Abrió la puerta corrediza. Tomó el bote de veneno para cucarachas. No contaba con otra cosa; sólo con veneno para cucarachas y pastillas, muchas pastillas, decenas, cientos de pastillas de distintos colores, tamaños y formas. Puso el veneno sobre la mesa. La Paloma aún no salía de bañarse. Sacó las cajas de medicinas y extrajo las pastillas. Había cápsulas rojas, azules, amarillas, verdes, bicolores, blancas; redondas, abultadas, ovaladas, planas. Sonia las veía preciosas, brillantes, como lunetas de chocolate. Agarró un puño y empezó a tragárselas, a pasárselas con agua; luego otro puño, y otro, y otro.

El veneno, más que veneno, parecía azúcar; se lo administró a cucharadas; era dulce y desabrido a la vez; al humedecerse en la boca se cuajaba como grenetina, y para pasarse los grumos, Sonia tuvo que beber agua. Fue alternando una cucharada de veneno y un trago de agua, una cucharada de veneno y un trago de agua... Esta vez no podía fallar. Veneno y agua, más pastillas, agua, veneno, no podía fallar, más pastillas, más veneno, más agua, más aprisa... no podía fallar. Un mareo brusco le impidió continuar la ingestión. Se dirigió a la recámara y se acostó. El mareo se hizo más intenso, Sonia temblaba de frío: no soy de aquí, siempre permanecí entre rostros desconocidos. Mis ojos

fueron la ceguera de todos los ojos; mis palabras se extendieron por el túnel de lo inentendible. Siento rodar un corazón en mi interior que me recuerda el paso del tiempo sobre mi cabello, un tiempo correteando mis pisadas, que me muerde y me obliga a continuar. Muérete tiempo, deja que prosiga sin tocar ni polvo ni agua, sólo el aire cubriendo mi contorno; deja que mi silencio se extienda por los múltiples caminos incommunicables, que mi nada fluya y transcurra, que se pierda en el descanso de la inmaterialidad, que mi gozosa inexistencia se confunda con la reconfortante inexistencia de Dios, con su bendita verdadera mentira.



La Paloma, que acababa de salir del baño le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada, nada.

Los objetos, ante los ojos de Sonia, se desplazaban por el cuarto sin chocar. La boca se le inundó de saliva. De pronto, los rostros que desde niña había encontrado en las descarapeladuras de las paredes desfilaron por el túnel que se prolongaba en su frente, como en una pantalla a color. Eran los rostros que estaban presos bajo la capa de yeso. Los rostros de ojos grandes; los que más le habían llamado la atención. Nunca había entendido el mensaje de sus cuerpos amorfos, de sus caras suplicantes: “Son fantasmas —pensaba— quieren escapar, salir del muro y vivir en otro cuerpo, se resisten a morir, no quieren ser olvidados.” De nada había servido tratar de entenderlos, que invirtiera su tiempo en contemplarlos en lugar de jugar con las demás niñas. Uno de ellos se desvanecía como una flama inclinada por el viento, tenía la cabeza larga y los cabellos hasta los pies, abría exageradamente los ojos y el lamento se le estrellaba en el vacío. Sonia se condolía por no poder arrancarlo del estatismo de la pared. Estaba ahí otro rostro, también suplicante, que tenía seis cuernos, que ponía las manos extendidas atrás del yeso como si éste fuera un cristal. Sus palmas reflejaban la desesperación de los que no saben de dónde son, de los que todavía no aceptan que han partido, que han muerto, pero ¿cómo decírselos?, ¿cómo enseñarles el camino para que ya no se asomaran por la ventana de yeso? ¿Habría alguna manera de hacérselos ver para que partieran tranquilos? Sonia se cuestionaba, pero sus diez años no eran suficientes para elaborar y llevar a cabo un buen plan. Esos rostros que la habían conmovido y perseguido de niña aparecían en esos momentos en los que

el veneno y las pastillas empezaban a surtir efecto. Tal vez querían decirle que ellos la recibirían, o que por fin estaría junto a ellos; tal vez sólo deseaban decirle, gritarle, implorarle que salvara su vida.

Quiso levantarse de la cama, pero la cabeza le daba vueltas como si estuviera ebria. La boca se le inundaba de saliva como cuando estaba a punto de desmayarse. El estómago se le contrajo. El vómito era inminente. Tambalearse se levantó. Volvió el estómago en la taza del baño. La misma taza donde había vomitado la primera vez que se emborrachó, a los quince años, con Silvina. La misma taza donde La Varita de Nardo, aquella noche, luego de un ataque de tos, había arrojado flemas con sangre.



LA MARIPOSA NEGRA

¿Qué tienes? ¿Necesitas algo?

—No, nada, Sonia. Vete a dormir.

Regresó a la cama. Se acostó boca abajo y se quedó con los ojos abiertos, pensando en la enfermedad de La Varita de Nardo. La imagen de un gato negro sentado frente a ella, hizo que, extrañada, volviera la cabeza y cambiara de posición. Se acomodó sobre su lado derecho. El gato negro apareció ahora caminando, como en un escenario oscuro con el ciclorama iluminado. Sonia quiso reacomodarse. No estaba dormida. No podía creer que el gato fuera real. Intentó volverse hacia la izquierda, pero se quedó inmóvil, impactada al ver, a los pies de ella, la silueta de una mujer vestida, de pies a cabeza, con un manto negro, con una caperuza holgada, que parecía de manta de cielo, pero que si hubiera podido tocarla se habría dado cuenta de que era inmaterial. En la oscuridad no se le distinguía el rostro. O tal vez era una mujer sin rostro, o quizá tampoco era una mujer, es decir, un ser humano. Sonia no podía moverse. La mujer, con una voz preciosísima, melodiosa, una voz que por ser tan hermosa, podría decirse, no era terrenal, le dijo:

—No me gusta que me bañen, ¿por qué me ayudan?

Ésa era la voz más armoniosa que Sonia había escuchado; parecía emitida por un instrumento musical hecho



de cristales de agua, de briznas, de filamentos brillantes de llovizna. Al terminar de decir la frase, la silueta se escabulló entre la misma oscuridad en la que había aparecido. Sonia se levantó de la cama, y corrió a acostarse a un lado de La Varita de Nardo.

—¿Qué pasa, Sonia?

—Nada, sólo tuve una pesadilla —dijo para no inquietarla y se quedó pensando, con los ojos abiertos, en la oscuridad.

La cama de La Varita de Nardo estaba colocada frente a la ventana. Por eso, en ese momento, Sonia pudo ver que afuera, frente a los cristales, se hallaba la silueta de sombra que había aparecido hacía unos momentos al pie de su cama. Pero esta vez su manto estaba extendido, como si tuviera abiertas las alas, y sostenía un bastón largo cuyo extremo superior estaba rematado con una guadaña. Sonia no podía creer lo que veía. Varias veces cerró y abrió los ojos para cerciorarse de que estaba despierta. Y la silueta continuaba ahí, del otro lado de la ventana. Los pliegues profusos del manto hicieron creer a Sonia que lo que estaba mirando no era más que un efecto de las cortinas, pero recordó que ella misma las había quitado y llevado a la tintorería la tarde anterior. La silueta permaneció en la ventana un rato, sin moverse, como una mariposa negra gigante, impactada en el cristal.

A un lado de La Varita de Nardo, Sonia se quedó dormida: *al final de un pasillo oscuro las luces de colores prendían y apagaban, se acercaban y alejaban. Avanzó en la oscuridad. Corrió para alcanzarlas. Escuchó el maullido de dos gatos negros de ojos amarillos que se interponían entre ella y las luces. Sonia continuó caminando por el pasillo a pesar del acecho de los gatos. Cuando llegó hasta donde estaban las luces,*

quiso tocarlas, pero éstas, cuando lograba atraparlas, desaparecían en sus manos.

Sonia le contó a La Paloma lo que había visto en la noche, pero no le creyó. Dijo que eran alucinaciones, y que lo que le había dicho la mujer de negro era una incoherencia. Pero para Sonia, la frase: “No me gusta que me bañen, ¿por qué me ayudan?”, tenía sentido, ya que después de que los médicos desahuciaron a La Varita de Nardo, Sonia, con la ayuda de Ernesto, la había llevado con un curandero naturista.



LA PURIFICACIÓN DE LA MATERIA

Don Ismael era bastante extraño; tenía como cuarenta años. Era del tipo de seres que tienen habilidades sobrenaturales. Leía la baraja y la mano; interpretaba los sueños; era conocedor de la herbolaria, y también, médium. Había adquirido, después de varios años de trabajo, un buen terreno en el Ajusco y había construido ahí su casa y una clínica. Vivía con su esposa y sus dos hijitas, aunque a Sonia le pareció que, por su aspecto y por muchos de sus modales, era homosexual. Luego de examinar a La Varita de Nardo, dijo que el cáncer no era más que la acumulación de toxinas, y que para que el cáncer desapareciera tenía que purificar el cuerpo. Así que recomendó una alimentación totalmente natural; muchas frutas, jugos y verduras; nada de carne ni de alimentos enlatados o con conservadores, y nada de medicinas, además de una serie de baños de vapor para hacerla sudar.

En la parte de arriba de la construcción, que en su mayoría estaba aún en obra negra, don Ismael había mandado construir una serie de cuartitos, que no tenían puerta sino una cortina de plástico. En uno de ellos se colocaba una palangana con una infusión de hierbas aromáticas que se mantenía hirviendo en una parrilla. Luego se colocaba un banco ancho de patas chaparras, de manera que la palangana quedaba justo abajo del asiento calado. La Varita de Nardo se sentaba ahí para sudar durante diez minutos,



luego tenía que salirse del bañito para recibir una cubetada de agua fría. La operación se repetía tres veces seguidas, cuatro veces a la semana: lunes, martes, jueves y viernes. Los miércoles y los sábados, los baños de vapor no se realizaban en la clínica, sino en la casa, sin yerbas.

Para La Varita de Nardo esos baños eran tortuosos, y de no haber sido porque don Ismael le aseguró que la sanaría, ella no los habría tomado. Para Sonia, las palabras: “No me gusta que me bañen ¿por qué me ayudan?” habían sido emitidas por el espíritu de La Varita de Nardo, que estaba pidiendo que la dejaran morir en paz. Sonia había escuchado que cuando alguien está a punto de fallecer adquiere la facultad de desdoblarse, de desplazarse en espíritu y manifestarse hasta en lugares lejanos de donde está el cuerpo.

Aunque también existía la posibilidad de que la aparición hubiera sido, nada más y nada menos, que la misma Muerte, La Hermana Blanca, en cuerpo y alma, como la habían visto muchos otros antes que Sonia, y que la pintaban exactamente como era, con su verdadera fisonomía. Ese pensamiento llevaba a Sonia a la reflexión de que, entonces, muchas de las manifestaciones populares, religiosas y supersticiosas eran verdaderas.

El cáncer había iniciado en el pie izquierdo, como una manchita negra que con discreción, sin avisar, creció hasta abarcar toda la uña del dedo gordo. La Varita de Nardo había ido varias veces al médico y lo único que éste hacía era sacarle la uña, la cual volvía a crecer manchada. La enfermedad llegó a rebasar la uña y a hacer supurar la carne, avanzó hasta conquistar los órganos, se apoderó de todo el cuerpo y se desbordó por la boca cuando terminó de hacer suyos los pulmones.

A pesar de la gravedad, don Ismael aseguró que ella podría recuperarse, pero no previno, no se dio cuenta, que al ordenar que La Varita de Nardo dejara de ingerir todas las medicinas omitía también las que tomaba para la presión arterial y para el corazón.

Un miércoles que La Paloma ayudaba a La Varita de Nardo a darse el baño de vapor, ésta sufrió un infarto. Lo cual sucedió tres días después de que Sonia vio a La Hermana Blanca en la ventana.

—¿Pero cómo fue que la viste? —preguntó don Ismael sorprendido—, es bastante raro que se deje ver; generalmente, quien da el aviso de que alguien va a morir, es uno de sus enviados, pero no ella misma.



UN MIEDO ONÍRICO Y REAL

Volvió el estómago. El mareo no cedía. Sintió miedo. Fue como recuperar la conciencia, volver en sí misma. Sus instintos le exigían que se rescatara, que se defendiera, que salvara su vida. Salió del baño. Qué diferente hubiera sido haber tenido una pistola. El momento decisivo, el momento del suicidio había sido cuando tomó las pastillas y el veneno, si en lugar de tomar eso se hubiese dado un balazo, no hubiera tenido que esperar tanto tiempo a La Hermana Blanca; ésta hubiera llegado de pronto, sin que Sonia se diera cuenta, porque habría caído fulminada, herida sin remedio.

Pero ahí estaba el miedo, otra vez el miedo, un miedo entre onírico y real: *Camina en la calle hacia el Viaducto. Va a hacer el recorrido que hacía de niña en bicicleta. Son las seis de la tarde. No va sola, a su lado, sobre dos patas, camina La Bestia (pero no la del parque). Al llegar a la casa de la palmera, La Bestia y Sonia se acuestan en una cama sobre la acera. Se abrazan. La Bestia trata de penetrarla, pero la forma de sus patas se lo impiden. Sus articulaciones de animal hacen imposible el acoplamiento. Sin embargo, a Sonia le gusta; se mueve; mira el cuerpo de La Bestia para saber qué es lo que no le permite acercarse más. Luego ya no la ve, sólo siente. La Bestia introduce su miembro en la boca de Sonia y se mueve con rapidez; eyacula y desaparece. Con asco, Sonia se mete la mano en la boca, y trata de sacar el esperma, que, de tan espeso, se le pega en la lengua.*

Era una Bestia, un perro pastor alemán que no había querido dejarla en paz. Había aparecido tres días antes del intento, pero no llegó solo, sino con otro perro. Eran dos pastor alemán que la paralizaron; querían morderla. Estaban frente a ella, a punto de atacarla. Y era tanto el agotamiento de Sonia, estaba tan cansada de sentir miedo que les gritó: “Si quieren morderme, háganlo, muérdanme ya, ahora, acabemos de una vez. Destrócenme, desgárrenme, pero terminemos de una vez por todas con el miedo. No quiero más miedo, ¿oyeron?, no lo quiero.” Sonia se los dijo con temple, con coraje, y ellos, al darse cuenta de la fuerza de su decisión, retrocedieron, se asustaron. No lo podía creer, se entregó a los perros y no la atacaron.

De niña, un perro pastor alemán la persiguió en el mercado. El perro era una bruja. Sonia corría por los pasillos, entre los puestos y entre la gente, y el perro iba atrás de ella al ritmo de la “Obertura de Guillermo Tell”, la de El Llanero Solitario. Sonia podía escuchar la música.

Perros, gatos que le encajan las uñas y los colmillos. Gatos Todopoderosos. Sonia no puede hacer nada contra ellos. No hay remedio. Aparecen y desaparecen a su voluntad; la atacan cuando quieren. No puede librarse, y aunque atranque las puertas y las ventanas, los gatos pasan a través de la madera y el cristal. Perros, gatos, mariposas negras que también la persiguen en el patio de la casa. Sonia corre, corre, se vuelve para ver si la mariposa todavía viene atrás, y ahí está la mariposa negra, dispuesta a atacar, a pegársele en el cuello y a chuparle la sangre como un vampiro. Casi siempre, Sonia no puede hacer nada más que emitir un grito largo, ahogado, apagado, insonoro.

La ciudad llena de sabandijas. La casa invadida por cucarachas, escarabajos, chinches, arañas, lombrices y ranas.



Se siente acorralada. Levanta las sábanas y ahí están los animales. No puede ir a ninguna parte. Se pone en cuclillas en un rincón de la cama. No hay a dónde ir. No hay escapatoria. La casa, la ciudad, el país, víctimas de una plaga. ¿Hay un sitio a dónde ir? ¿Quién tiene la llave? Las llaves, ¿quién tiene las llaves? Las llaves del cuento de Barba Azul. El único cuento precioso que Sonia tuvo. Ella las tenía en la mano porque el cuento se lo regalaron con las llavecitas. Ella pudo haber rescatado a las mujeres de la torre, subir las escaleras y abrir el calabozo, pero un día perdió las llavecitas... Pero las llaves, las otras llaves, las del amigo al que ve en el momento justo en que es ahorcado. Los pies le cuelgan, se mecen, ascienden con lentitud. El amigo de Sonia trae puesta una sotana café que le llega hasta los tobillos. Él sube ahorcado y las llaves caen, ¿por qué?

El miedo estaba ahí, en ella, en la única situación en que el miedo sirve para algo, para salvar la vida. ¡Si hubiera tenido una pistola!, porque no hubiera recurrido a cortarse las venas o a aventarse por la ventana de un edificio, por un puente o a los andenes del Metro, o a colgarse de un árbol o de una viga, no, Sonia odiaba la sangre y la violencia. Lo único que ella quería era dormirse plácidamente. No volver a despertar; difuminarse; correr en el bosque y disolverse en el aire conforme aumentara la velocidad, para que nadie tuviese que hacerse cargo de los restos, del cuerpo. “Sí, así debería ser la muerte —pensaba— simplemente desaparecer, cerrar los ojos y perderse en la densidad del espacio; o irse en una lancha remando, adentrarse en el océano y desintegrarse en el horizonte, sin violencia”: Un día subiré evaporada, tocaré con las pestañas la luz que se derrite en los horizontes en las tardes alumbradas. Un día bajaré al centro de la Tierra y me calcinaré para inventarme

eternidad. Fuego purificador, llévame hasta tu ventana para mirar las chispas de tu compañía, mi corazón es un hielo derretido más frío que el frío aun en tu calor. Un día quedaré estática en el espacio, fundida en el tiempo sin que me afecte su transcurrir. Veré llover, veré las almas que llegan al mar, veré la soledad sin raíces para florecer; veré a los niños enterrados y alargaré mis manos para robarles un juego. Un día me perderé en el mar; seré sirena y barca, pescador y pez; seré la mantarraya que se sueña cargando el sol; seré red, molusco y amanecer. Un día me convertiré en Dios, armaré todos los rompecabezas y les pondré resistol. Ese día arrancaré los corazones y apagaré latidos, me suicidaré.



¿QUÉ HACER CON EL CUERPO?

El problema era el cuerpo. El causante de las necesidades y limitaciones era el cuerpo. El disfraz con el que había que enfrentarse a la realidad era el cuerpo. El ejecutor de todos los males era el cuerpo. El cuerpo era para Sonia como un montón de piedras en las bolsas del abrigo, que impiden al espíritu emerger hasta la superficie celeste, ascender hasta el pináculo de la montaña donde se escuchan los cantos celestiales, esos cantos de agua que fluye y no se arrastra, que vibra sin ondas auditivas, donde habitan los serafines, los ángeles y los arcángeles y todas sus ascendencias, esos seres con los que ella alguna vez convivió, porque Sonia sabía, y nada ni nadie podría quitarle la idea, que ella había sido un ángel de cabellos rubios y largos, blanquísimo, de cara larga y ojos encendidos; un ángel de túnica roja, aterciopelada, que habitaba en un castillo blanco donde tenía acceso a los libros dorados de la vida, de la muerte y de la sabiduría.

Tal vez por esos recuerdos instintivos, el mundo le parecía una porquería, un sitio en el que sólo se hallaba mierda, dolor, mentira y sufrimiento; donde no había ningún sitio, ni siquiera aproximado, a los castillos blancos que tenía fijos en la mente del espíritu, con sus paisajes indescritibles, apenas intuitos por los amantes en los momentos extáticos en que los cuerpos se compenetran y ascienden y se olvidan de sí mismos; en los instantes en que desaparece la piel y ya no significa ni se percibe la materia.

Nada ni nadie podría convencerla de las bondades de la vida, porque nadie compartía con ella esos recuerdos, esos puntos de comparación.

En efecto, el mayor problema de la vida era el cuerpo y cómo deshacerse del cuerpo. ¿Qué harían ahora con el cuerpo? Después de que le dio el infarto a La Varita de Nardo llamaron a la ambulancia. La señora llegó viva al hospital, pero falleció una hora después. Sonia había reconocido el cuerpo, el cual decidieron enterrar porque ella sabía que el espíritu sufre, se traumatiza, cuando ve reducir a cenizas su cuerpo.



EL TESTIMONIO DE LA LUZ Y LOS CONDENADOS

Salió del baño tambaleándose y se dirigió al comedor, donde desayunaba La Paloma.

—Paloma, me tomé muchas pastillas y el veneno; llévame a un hospital, por favor...

—¡Qué!, estás loca, vete a dormir.

—No, en serio, en serio. Me tomé muchas pastillas y el veneno —la lengua se le adormecía. Las palabras salieron con dificultad. Al ver que La Paloma dudaba, Sonia sacó del bote de basura las envolturas de las pastillas.

—Mira, mira, me tomé todas y también el veneno.

La Paloma llamó por teléfono a El Coyote, su novio. Sonia regresó a la cama. Los objetos continuaban en un vuelo giratorio. Insistían. Se acercaban y se alejaban al ritmo de su corazón, con la misma premura. Los zumbidos, como finos alambres de acero y también como brocas, le atravesaban el cráneo. A Sonia le parecía escuchar el ruido de un taladro, ¿pero en dónde había visto Sonia ese taladro?

Olvidó la punta filosa del acero, el grosor de la broca. Se quedó mirando el cuadro de la Virgen sobre el muro, fijamente. Estaban frente a frente. Como rivales. Nariz contra nariz, retándose. Del cuadro emanaba una fuerza que la quería devorar, que la succionaba, que como un imán gigante la atraía. Sonia vio con claridad que la Virgen de Guadalupe se reía, que se burlaba de ella.

El Coyote y La Paloma la tomaron de los brazos. La vista de Sonia desaparecía intermitentemente. Salieron del

departamento. Casi cargándola la llevaron a la avenida. El Coyote abrió la puerta del coche, y antes de subirla, Sonia cayó en un espacio entre los autos estacionados. La Paloma quiso levantarla. Los coches pasaban con rapidez. El Coyote la cargó y la acostó en la parte trasera del coche. La Paloma se subió con ella. Sonia veía, alternadamente, los rostros de El Guajolote, de La Varita de Nardo, de la tía Marrana, de la tía Gallina, de La Pava, de Dea, de Liliana...

Recobró el conocimiento a causa del vómito. El tráfico era cargado. Sonia se limpiaba la boca con una toalla que La Paloma había sacado de la casa. En ella caía la sustancia rojiza, viscosa, semitransparente que arrojaba.

—Rápido, rápido, rápido —pudo decir Sonia.

Se detuvieron en un congestionamiento de tránsito. Las manecillas del reloj personal de Sonia daban vueltas completas a gran velocidad. Avanzaron un poco. Sonia volvió a perder el conocimiento: *¿Cómo empezó todo? ¿Caminé durante un rato? ¿Desde dónde? ¿Qué lugar maravilloso es éste?*

Sí. Caminé durante un rato, era de noche. Alguien que no dijo su nombre, a quien no le miré la cara, me condujo. Abrió la puerta y entramos los dos en la pirámide. Bajamos la escalera. Cruzamos el túnel yendo hacia donde nos indicaba la luz, a lo lejos. Éste es un refugio, una base subterránea para quienes desean mirar el mundo desde afuera, como si no pertenecieran a él. ¿Mirar el mundo desde afuera? ¿No sería mejor decir: de adentro hacia fuera? No sé. Pero aquí, al elevar la vista, puedo ver lo que sucede allá, en todos los allás y al mismo tiempo.

La luz es blanquísima, parece emanar de una joya gigante; es pura luz; luz pura; una luz que cae sobre mí desde lo más alto de la pirámide. Es tan pura esa luz que no lastima,

no deslumbra, no me hace parpadear. La miro con los ojos totalmente abiertos, su única misión es alumbrar, hacerme ver, mostrarme. Pero, ¿qué he hecho para poder presenciar este espectáculo?, me siento privilegiada y compruebo que soy parte de lo Divino, que lo Divino existe, y que la Luz es el testimonio de lo que no podría volver a negar...

Entraron al hospital por la puerta de urgencias. Las enfermeras recibieron a Sonia, la subieron a una camilla.

Un doctor, muy joven, llegó corriendo y le preguntó a La Paloma:

—¿Qué tomó?

—Pastillas y veneno.

—¿Qué pastillas, cuál veneno?

—No sé, no sé, muchas pastillas y veneno para cucarachas.

—Tráigalo. Necesitamos analizarlo.

La Paloma salió del hospital. Sonia se convulsionaba: *El buque está a punto de zarpar. Me hallo en la cubierta, hablando con el hombre que ha hecho el mismo viaje varias veces. Casi le grito porque se encuentra abajo, muy cerca de los camarotes.*

—Déjame ir contigo, aunque no sea parte de la tripulación. Quiero conocer lo que tú ya has visto. Déjame ir...

—Está bien, pero aún no estás preparada. Los pasajeros están pagando una condena. Nadie más que ellos debe realizar el viaje. Pero si quieres ir, date prisa, desciende la escalinata, ahí viene la Guarda Roja.

Miro hacia la derecha. Se acerca una embarcación, que más que nave parece un camión blindado. No me da tiempo de bajar la escalera, y me acuclillo sobre un escalón, y escondo la cabeza. Adelante de mi van dos hombres, que tampoco deberían estar a bordo; ellos sí llevan puesto el uniforme: overol



verde aceituna, y botas, muy adecuadas para los trabajos rudos. La Guarda Roja pasa sin descubrirnos.

El centro de la nave ha sido adaptada como un gimnasio. Los condenados se ejercitan físicamente. Algunos juegan frontón durante todo el día, sin detenerse, aunque el cansancio sea extremo. Otros se sumergen en tinas llenas de agua, y durante largo rato dejan de respirar. El objetivo de tales ejercicios es alcanzar el martirio y la extenuación.

Después se acerca un barco negro, mucho más grande que en el que yo voy. Los pasajeros son sólo mujeres y niñas, que visten abrigos y sombreros grises; abordo van la Tía Pata, Dea, Liliana y La Varita de Nardo, quienes miran a lo lejos sin darse cuenta de lo cerca que estoy de ellas. El que ese barco se haya detenido es un acontecimiento para los condenados, quienes se amontonan para ver, instantes después, cómo se aleja.

Ahora, los tripulantes no continúan con el ritual de los ejercicios, sino que se distribuyen y acomodan en puntos estratégicos, desde donde presenciarán la apertura de la compuerta, que al abrirse, deja caer, por una rampa, los cadáveres de los condenados más ruines, lo peor de lo peor, seres rapaces, estiércol humano mezclado con basura. Sin embargo, de entre toda esa fetidez, algo se desprende y se eleva, algo que ocupa el ambiente como un manto traslúcido, como las alas transparentes de las mariposas de san Juan, como un aliento cálido que lo llena todo de imágenes inesperadas que se expanden como ondas en el agua, y que, al mismo tiempo, deja escuchar una música inaprensible, semejante al roce armónico de los cristales, al choque de las aristas de la luz, ¿la música de las esferas?, la música de círculos concéntricos que se multiplican para dar forma a esa sinfonía.

Primero se acerca a Sonia el ala de una mariposa, y él, el anciano que aceptó que partiera en el barco, levanta la mano y sujeta el ala, la agita, la desintegra como a un capullo



de diente de león. Después, vuelan y giran sobre ellos plumas de pavo real, que se dispersan y alejan para dar paso a una ballena diminuta rodeada de crías que se agolpan a su alrededor, buscando ser alimentadas.

El ala de mariposa, las plumas de pavo real, la ballena rosa, los círculos concéntricos, el rostro que se forma en medio de ellos, la música... hacen sentir a Sonia que ya ha estado en ese lugar, en otras desencarnaciones... pero esta vez, ¿se quedará?, siente que no quiere, y no va a despertar...





Catalina Miramón
(Ciudad de México)
es poeta, narradora,
periodista y editora.
Estudió Arte Integral en el
INBA, y Lengua y Literaturas
Hispánicas en la Facultad de
Filosofía y Letras de la UNAM. En
1998, con el sello de Editoria
Fugaz, publicó la triada de
poesía: *Variaciones para
un solo deseo*, *Desprendimientos*
y *Poemas deshabitados*; en 2008, *Una
naranja en la lengua de Eros* (cuento y



CATALINA MIRANDA

Nació en la Ciudad de México. Es poeta, narradora, periodista y editora. Estudió Arte Integral en el Instituto Nacional de Bellas Artes, y Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En 1998, con el sello de Editorial Fugaz, publicó la tríada de poesía: *Variaciones para un solo deseo*, *Desprendimientos* y *Poemas deshabitados*; en 2008: *Una naranja en la lengua de Eros* (cuento), y *ONÍRICO. Luz y oscuridad en las pupilas de Morfeo* (sueños; *realismo onírico*); en 2005: *Huberto Batis. 25 años en el suplemento cultural sábado de unomásuno (1977-2002)*, y *Huberto Batis, entre libros*; en 2015: *Memorias de una editora de sábado de unomásuno a finales del siglo XX*, y *En los brazos de Tánatos, ¿ser o no ser?* (novela); en 2017: *Protagonistas del suplemento cultural sábado de unomásuno. Huberto Batis* (104 entrevistas); en 2019: *Nocturna piel* (poesía erótica, con dibujos de Fernando M. Díaz).

Para los niños ha publicado: En *La Feria* (2003); *Mundo Prehispánico* (2010); *Los globos mágicos* (2011); *Diego y los globos mágicos* (2017); *Encantadora con Cuentos y el horror de los libros borrados* (2021).

Ha adaptado las leyendas: *El vencedor del Sol*; *Hapunda, la joven que vivía en la isla Yunuén*; *La creación de la*

vainilla; El tlacuache que robó el fuego; Ixchel, diosa arcoíris de la fertilidad, y La Tlanchana (INAH / Conaculta, 2014 y 2015).

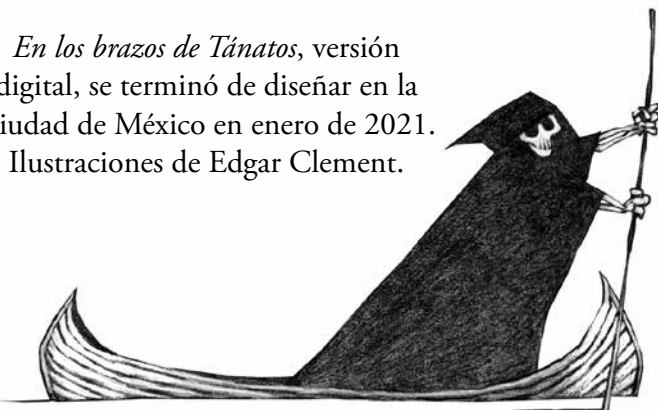
En Editorial Trillas han aparecido sus adaptaciones de obras clásicas: *La divina comedia* de Dante Alighieri, *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, *Fausto* de J. W. Goethe, y *Oliver Twist*, de Charles Dickens, entre otras.

Fue jefa de Redacción de *sábado*, suplemento de *uno-másuno*, en los últimos años del siglo XX y subdirectora de Impresos de Divulgación de la Coordinación Nacional de Difusión del Instituto Nacional de Antropología e Historia (2007-2013). Es fundadora y directora general, desde 2005, de Editorial Ariadna.

Formó parte de los Talleres Literarios de Federico Patán (poesía); Enriqueta Ochoa (poesía); Beatriz Espejo (cuento); Huberto Batis (Revista y Periodismo).

www.catalinamiranda.com

En los brazos de Tánatos, versión digital, se terminó de diseñar en la Ciudad de México en enero de 2021.



Si deseas publicar tu
propio libro físico o
digital (*e-Book*)
consulta nuestros
paquetes con ventajas y
descuentos especiales.

www.editorialariadna.com

Editorial
Ariadna



Un personaje que no es ni al despertar ni al dormir, ni al intentar correr ante la persecución de lo venidero y de las mariposas negras que le muerden los días. Un alguien que tendrá que decidir... porque no se reconoce, porque no entiende los mensajes de las bocas que dicen saber hablar, ni de quienes viven y atacan tras el mundo descarapelado de las paredes.

Ella tendrá que decidir porque no hay caminos, por no saber entender, ni decir, porque no descifra las sugerencias de quienes conviven en las calles, en las casas, tras los cristales que tratan de ser sencillos.

Sólo un instante bastará para que aborde la embarcación que parte lejos, la que va más allá, la que acaba con el transcurrir del reloj personal y con la persecución del tiempo. ¿Decidirá vivir?